SEDA METAMORFA

ANA OJEDA



Si Sebregondi retrocede, Seda deserta: Ana Ojeda nos mete en la vida de una chica de nuestra vapuleada clase media en Boedo que un día halla que preferiría no hacerlo. Y no lo hace. A partir de ahí, como en una fila de fichas de dominó, su mundo empieza a caer. Pero Seda no retrocede. Con su prosa lírica, que en esta novela se asume y se muestra poesía sin renunciar a la prosa, Ojeda nos regala un nuevo relato de la contemporaneidad y del estado larval en el que vivimos. De ser mujer oruga en la precariedad hiperconectada que nos ha tocado. Fresca y lírica y hermosa esta *Seda metamorfa*.

Gabriela Cabezón Cámara

Ana Ojeda retoma en *Seda metamorfa* los mundos y el estilo con los que sorprendió desde su irrupción en la literatura. Los cuerpos (o cuerpas), las lazos entre mujeres de distintos tipos, los hombres ausentes, los ambientes laborales hostiles, la familia como grupo extraño y, por momentos, cruel del que somos parte sin decisión propia, son algunos de los mundos que transita Ojeda con humor, desparpajo y crítica profunda. La sintaxis liberada de prejuicios formales, la prosa que se oye a medida que se lee, el lenguaje que debe ser forzado para que nombre aquello que no nombra, son algunos de los recursos estilísticos con los que la autora seduce al lector en este viaje único.

Claudia Piñeiro

Seda, la protagonista de esta novela de Ana Ojeda, trabaja cargando facturas en una empresa. Pero ese trabajo no se termina al salir de la oficina, sino que ocupa casi toda su vida. Porque Seda trabaja incansablemente para cargar con las facturas familiares que suelen pasarle. "Acostumbrada desde óvulo fecundado a ganar puntos por obedecer", Seda pretende —y no abandona esa batalla perdida— que todo su cuerpo entre en la norma, que su pie calce en la horma de lo esperable. Seda se ve conminada a responder a lo que la familia, presidida por el pater familiae, pide, exige, obliga.
Una contingencia va a poner a Seda en el camino de la metamorfosis, de la transformación; en un instante Seda ya no va a estar más a disposición de los deseos y necesidades del colectivo familiar. La transformación de Seda es, sin dudas, una transformación del lenguaje.
Ana Ojeda vuelve a mostrarnos que la potencia de la literatura está en su forma, no en otro lado. Ana Ojeda vuelve a mostrarnos que es el filo de la lengua, antes que el mensaje, el que tiene efectos transformadores. Esta novela nos saca del sopor de lo esperable, de la norma, de-lo-que-hay-que-decir, también en la literatura actual. Su procedimiento literario es, sin dudas, un hito, pero también es un hiato: un hiato por el que puede pasar otra cosa; ya no lo que el lenguaje puede decir, sino lo que el lenguaje puede hacer.
Cuando "La vida se vuelve
chata
chica
chota", como dice la narradora, los lectores tenemos, por suerte, la literatura de Ana Ojeda.

Alexandra Kohan

SEDA METAMORFA

SEDA METAMORFA

Ana Ojeda



Ojeda, Ana
Seda Metamorfa / Ana Ojeda. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Muchas Nueces, 2021.
152 pp. - 14 x 19 cm - (Mutante; 1)
ISBN 978-987-48121-0-0

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Latinoamericana Contemporánea. 3. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A863

Primera edición: junio 2021

Impreso en Argentina
Imprimió: Artes Gráficas del Sur SRL



Colección MUTANTE
www.muchas-nueces.com.ar
IG: @muchas_nueces
FB y TW: edmuchasnueces





A mis xadres, con amor.

Que el resplandor del edificio en llamas ahuyente a los ruiseñores y tiña de rojo los sauces. Y que las hijas de los hombres instruidos bailen alrededor del fuego y arrojen a las llamas brazadas de hojas secas, una tras otra. Y que sus madres se asomen de las ventanas y griten: "¡Que arda! ¡Que arda! ¡Porque ya tuvimos suficiente de esta 'educación'!".

Virginia Woolf, *Tres guineas* (1938)

Ya puedo descansar del esfuerzo de ser modosita.

Elvira Orphée, *Aire tan dulce* (1966)

El debate sobre el masculino como género neutro pertenece a un mundo agónico sin futuro posible. Un mundo que muere matando, pero que muere. Si es masculino, no es neutro. Es masculino. Que se haya utilizado como genérico desde hace siglos no es por un acuerdo lingüístico sino por la sencilla razón de que el mundo sobre el que se guardaban narraciones era masculino, literalmente. Pero si ese mundo ya no existe, no podemos seguir narrándolo como si existiese.

Frente al puritanismo lingüístico, personalmente me causa poquísimos problemas forzar la lengua, bien al contrario. El lenguaje es un instrumento y como tal debe exprimirse, expandirse, transformarse, reinventarse a cada línea. La lengua no se empobrece con la transformación: se empobrece con el anquilosamiento. El lenguaje, mal que les pese a las Academias de la Lengua, nos pertenece a la gente que lo usamos, que lo vivimos, que nos nombramos a través de él. Atrevernos a usar un lenguaje que nos represente, sin necesidad de tener el permiso de la Academia, es una forma de subversión. Escribir este libro en femenino no acabará con las desigualdades de género ni con el binarismo, pero pone el acento sobre la cuestión y confirma que el problema no está resuelto.

Brigitte Vasallo, *El desafío poliamoroso* (2021)

Los infortunios de la virtud

Una mañana, tras un sueño intranquilo, Seda despertó convertida en un monstruoso insecto. Fue lo que pensó apenas incorporada al verse reflejada
en la puerta abierta del armario. De arriba abajo: pajonal reseco en la cabeza, por ojos dos ranuras,
cuerpa sin cintura:
de giganta petisa. Era en verdad algo formidable de ver. Y lo hacía como era
por vez primera,
ocupando espacio.
Por costumbre, al principio sintió rechazo
de quien de frente la miraba. Lo que el espejo devolvía
no correspondía
al estrecho ámbito de lo deseable: no era bello, no era fino, no era terso, no era firme. Las palabras a disposición
para describir tan terrible situación
o espectáculo pertenecían
al reino de lo puaj, todas cosas que Seda, para protegerse o no dañarse, elegía
no pensar no decir, quedando reducida
a ente sin vida,

sin sustancia,
especie de malograda vagancia,
idea incorpórea. Se veía
pero no se veía.
Así se había
enseñado a vivir.

Una mañana como todas, si no fuera porque algo clic: entró en su quicio, acomodando ideas. Algo clic, inesperado: y de pronto Seda ve, reconoce sus tetas fabulosas, algo clic y aparecen frente a ella muslos fuertes, tracción 4x4, vía láctea de hoyos cada vez que aprieta nalga o estira rodillas. Algo clic sus pies firmes casi sin arco, incompatibles con el concepto mismo del taco. Algo clic las estrías en su panza como paréntesis alrededor de su ombligo.
Algo clic: su pelo hirsuto más parecido
a la paja que a cascada pelosa con efecto Sedal. Su no cintura completa su todo incorrecto, indeseado, invisible por falta o imposibilidad de representación. Y la idea que se forma en su cabeza al
verse por primera vez
tal como es
mucho tiempo después
de haber nacido es:
que la belleza es un patrón de medida, como los años luz, que indica la distancia que separa una humanidad posible de las formas útiles para la venta de mercancías. Viéndose en toda su cabal extensión,
aprehendiendo sus contornos más allá de cualquier idealización,
Seda choca de frente con segunda concepción,

que le confiere novedosa sensación
de libertad: ser bella no es obligación.

Y tres: es un trabajo.

Fragua de Seda

Pantalla
ofrece impúber en bombacha
con pierna brillosa como plástica apenas extendida a babor. Se esparce gotita cremosa entre rodilla y tobillo con índice y medio, cara de beata
en éxtasis, versión HD
de Santa Teresa de Ávila. En off,
se relata la absoluta necesidad que tenés
–vos
que, como Seda, estás mirando los programas que menstrúa la tele al mediodía–
de este mágico producto para evitar arrugas y estrías
que arruinan tu epidermis. ¡La arruinan! No te hagás la que no lo sabías:
el objetivo es anular
el "trabajo" del tiempo sobre tu piel para devolverla a un hipotético estadio inaugural
de tersura y suavidad total.
Onda bb. Confunde un poco que la modelo impúber en bombacha no tenga en su flexionada extremidad,
no digamos una arruga, sino poro peca lunar
evidente: nada.

Es la monotonía desértica del Sahara
vuelta PVC. Una conclusión posible hay y es: que estamos frente a crema
que soluciona problema
sin manifestación visible. O sea: la impúber en calzón tiene un tema,
pero no en la pierna que –lo constatamos nosotras que la observamos– se despliega inmaculada.
Su problema
es vivir complicada
en un sistema
farmacopornográfico tendiente al enema social
operado a través de bajada de línea universal
general
total
totipotencial
acerca de lo que una mujer es, si nace o se hace.
Líquido que circula y purifica el cuerpo colectivo
hasta lograr
descargar
su intestino. Incapaz de penetrar
semejantes alturas filosóficas remontadas por la evidencia, deseosa de ingresar en un club que la expulsa, Seda
toma nota mental del nombre de la crema
y suspira. Próxima vez que ande por la farmacia, preguntar cuánto sale. Fija por un momento sus ojos
en la tarta de acelga con gusto a poco
que intenta cortar

con el canto de su tenedor plástico. Por más que se haga la salutista, lo único que le interesa entripar
es la masa. Levanta la tapa, triángulo de dimensiones importantes, agrega íntegros dos sobrecitos de sal. Es lo que entiende por sabor. La pantalla ofrece ahora joven actriz divina muñeca con pelo de diosa, que derrama dócil puro brillo hasta bastante pasados los hombros. Nos chusmea de un shampoo mágico (¿o es crema de enjuague? Seda no está segura, su atención vaga, no se adhiere a los detalles) que revierte cinco tipos de daño capilar
–¡¡cinco, wacha!! ¿podés creer?– con solo aplicar
desde la raíz masajeando y luego enjuagarlo (o sea: lavando el nido de caranchos, sencillamente, parecía difícil pero no). Sonríe simpática, dueña de su pelazo,
no se entiende en este caso
tampoco qué necesidad lleva a esta Rapunzel a echar mano de este fantástico potaje. Mastica mecánica mejunje desabrido Seda mientras repite para sí el nombre del producto, va a buscarlo: al menos informarse de cuánto cuesta. Esperable cortina musical y en seguida joven en buen estado
rebotando como yo-yo desquiciado
sube y baja vuelta loca, saltica
salta corre pica,
abre mucho los ojos,
mira a cámara
mira cielo
mete ambos pies en agujero
de la vereda, va de charco en charco, se deja llover encima. Viste pantalón corto y piloto, sonríe convertida en muchos dientes. Voz

en off acompaña
tamaña
descontrolada alegría
aclarando que gracias al tampón promocionado ahora podés llevar durante "esos días"
tu vida "de siempre". Tarda y todo como la descubrimos este mediodía
que sería
gris si no fuera habitual, es decir, sin contraste respecto de todos los que anteceden y todos los que seguirán, Seda entiende que para alcanzar el ansiado
Eldorado
de la felicidad no hay que ralentar ni por un mínimo segundo. Ni si estás indispuesta
ni si estás enferma ni si estás dispersa
o desconcentrada
o te sentís mal o desganada:
jamás bajar la guardia o la productividad. Vivir a tope, a mil, ATR. Encefalograma chato a esta altura de la tanda comercial, Seda ya no opone resistencias, no tiene con qué. Todo lo que desfila por la pantalla le entra por los ojos sin filtro ni barrera, como gol en contra. Como un virus le coloniza la psiquis para autorreproducirse en detrimento de su propia salud mental.
Sobre el final
de la tarta,
que coincide con el de la tanda,
Seda saca conclusión
mientras mastica con profusión

algo parecido al desánimo: ajenidad y una como incomprensión fundamental por esas vidas en limpio. Se sabe Seda braceando borrador existencial como vaca a punto de ahogarse, a flote gracias más a su recubrimiento cárnico, prácticamente todo grasa (es lo que ella piensa de ella), que otra cosa.

Seda se trasviste en estatua cargafacturas durante la mayor parte de sus horas cotidianas, lo que en poético vuelo imaginativo llama "mi vida". Odia bastante y en general
y sobre todo y primero y principal
a las que llegan al piso a turistear y al verla cargando facturas ahí, enquistada en el pasillo, se acercan a saludar con beso y palabritas sobre la peristáltica climática. Son avances que percibe con acordes de música catástrofe. Sutil trata de evitar el encuentro con la artillería de medios a disposición
(cara de gran concentración
o de ogt, mirada fija en la pantalla, pantomima de sordera nivel Beethoven, ¿ah, eras vos?, impersonation de Borges modelo años postreros, ¿quién es, quién habla?). Es calvario que la saca de quicio cada nueva persona que el ascensor deposita en el piso
para que empiece a circular tipo Pacman obsedida con la etiqueta.
Fantasea cartel: "Lo que vos llamás buena onda es molestia".
Liberada del corral
concluida la semana laboral,
Seda vaga. Tres kilómetros de vereda hasta Boedo, salpicados de edificios sin atributos, puntuados por árboles en canteros pobretones, sin complicación arquitectónica. Estira las piernitas, mueve un poco el esqueleto antes de introducir su cuerpa

por la puerta
del dos ambientes que le queda como un guante en el peor sentido, apenas respirar puede en ese pañuelito de durlock y ladrillos, ventanas a contrafrente en colmena tóxica llena de vecinas hasta las tetas. Fantasea
Seda
mientras camina con agarrar sus petates y mandarse mudar, irse a la mierda,
a El Durazno, Traslasierra,
Nono, La Cumbre: típico de porteña, mete todo lo que le parece idílico en la misma bolsa en un indistinto de belleza del que solo sabe que queda más allá de la General Paz, en ese amplio territorio que es "el interior". Entrevé días rodeada de bosques un poco frescos, húmedos del rocío de la noche, ver el sol que aparece tras las sierras (¿o sea que está despertada
y levantada
antes de las 6 am, kuuuu???), taza de café oloroso muy caliente entre las manos, enrollada en la frazada como cubanito de dulce de leche. A la semana de ese mundo en equilibrio delicioso se pega un embole que está de vuelta en Capi bajando series con el Torrent y la opción de mantenerse dentro de los límites globales del ancho de banda descliqueada. Mirando YouTube y viviendo en Twitter, los fines de semana los pasa en Instagram. El acumulado de paz se le vuelve rápido en contra y a la postre la quietud en exceso resulta perjudicial para su mente en centrifugado constante. Arranca llovizna como sin ganas, obvio: tras cinco días espectaculares (pasados en cautiverio cargando facturas), los viernes el clima se pudre para que el finde sea un bajón mal. Seda no se inmuta,

sigue caminando, es agua, ¿qué, me voy a desteñir? Recibe con hierático desdén la sudestada que se larga bestial, vientos huracanados vuelan no digamos hojas, sino partes de árboles, envases vacíos, restos de cosas, porquería en general, ropa que supo estar colgada mal abrochada en la soga de alguna terraza. Para cuando por fin divisa los severos ángulos rectos de su hogar, chorrea agua de lluvia como si acabara de meterse vestida en una pileta, carne de gallina la cuerpa tirita con tanta alharaca que introducir
llave en cerradura de reja de calle
le toma sus buenos minutos. Aún no lo sabe, pero su celu yace muerto deceso en el bolsillo ladero de la mochila, ahogado pobrecito.

Apenas alquilado el dos ambientes, Seda todavía intoxicada con el subidón de adrenalina que le produce concretar la operación sin contar con garantía en CABA (ni en ningún otro lado), ventajas de tratar con dueño directo, se da al trabajo de colocar una Ecosol porque su cuerpa es un planeta frío, malaguanta el invierno. Rodilla al piso en el living-comedor
junto al panel calefactor
se aplica con taladro y mecha para pared de 6 mm, veinte centímetros sobre el zócalo, como instruye el instructivo a su lado
desplegado,
es como atravesar manteca, un suspiro y de pronto: incongruente fontana di Trevi. Más desesperación improcedente que cualquier otra cosa, Seda resbala, cae de culo, se lo moja, recibe el chorro de agua fría
en la cachila

(porque claro le pareció que no daba disfrazarse de humana para performar de arreglatutti), se lanza a la búsqueda de llave de paso, temor y temblor, ¿¿no es la de atrás del inodoro, pero cómo?? ¡¿Dónde está, entonces?! ¿Dónde en la cocina? En mitad de la desaguisada pesquisa, comprende que no tiene balde (aún, comprará no bien solucione la urgencia), pone la olla que usa para hacerse los fideos, treinta segundos a lo máximo y ya rebalsó,
bueno que se inunde qué sé yo
el parquet medio baqueteado de entrada, imaginate ahora. En el lavaderito tampoco ve manivela, ¿dónde mierda está la llave de paso? La atenaza el de pronto temor de no tener,
¿puede eso ser,
un depto sin?
Termina tamborileando en la puerta de vecina querida, ansiedad nivel párkinson en los dedos y cara de todo bajo control para no espantarla, una preguntita te hago,
pero por dentro corso a contramano
le da náuseas y le dificulta la explicación. Además está en remera vieja
y bombacha, mojada de a sectores, en la cabeza
rareza:
de pelos entreverados
como recién despertados.
Horror en los ojos, vecina querida le cierra la puerta en la nariz: juiiiira bicho. Seda vomita.
El agua termina siendo la respuesta. Al llegar al pasillo y empezar a filtrar detritus gástrico por debajo de la puerta de vecina querida, todo se acelera. Vecina querida se apersona en andas de furor

teutonicus, casi una berserker, toda ella manojo o sonajero de gritos y gesticulaciones escandálicas. Al encontrar puerta abierta y a Seda convertida en ser que llora lecherita en mano, enfila como misil hacia la cocina, saca con violencia el último cajón del mueble bajomesada
y ahí, acovachada,
amanece flor metálica: llave de paso al fin. La gira en contra de las agujas del reloj y el chorro del comedor pierde presión, menos mal que todos los departamentos son idénticos, hasta que cesa. Seda respira por primera vez desde que arrancó el inesperado episodio. Ni limpiándole el parquet con la lengua puede resarcir Seda a vecina querida, que la odia desde ese minuto inaugural para toda la vida. El sentimiento no es mutuo. Seda quiere desaparecer, más que cualquier otra cosa, todas las aristas del felliniano episodio la sumen en una vergüenza inarticulable de la que trata de escapar haciendo esfuerzos denodados para volverse invisible.
Por supuesto torna a la casa central de Ecosol a pedir que le repongan el producto pues en garantía. Lamentosamente el papelito sellofirmado no cubre destrucción por pifiar con el taladro, mamina, ¿podés creer? Para que no haga una escena, resulta evidente que el desconsuelo está a segundos de precipitar, le ofrecen adherirse al programa de canje, así usted señora trae el equipo que quiere reemplazar, nosotras se lo tasamos y usted solo paga la diferencia. A Seda le re parece y como –lo que son las casualidades– tiene consigo el equipo que quiere reemplazar, inflado como un sapo por el agua mala salida de caño traicionero, pide tasación inmediata. Que resulta en que se la toman en canje pero la diferencia a pagar es lo mismo exacto que cuesta adquirir una nueva.

Loco, ¿no? Se retira derrotada del local de Balvanera
pobre Seda
rumbo a su domicilio todavía sin agua porque señor plomero lleva tres cancelaciones al hilo sin preaviso. Son cancelaciones por evidencia, a posteriori: como no aparece el día y hora pactados Seda piensa: me canceló. Deja el panel calefactor cuarteado destrozado
a la puerta del local, despojo de una batalla que pierde sin siquiera dar.

Apenas niña, cuando de mal humor, padre un poco en chiste un poco en serio la bardeaba con que andaba candado. Madre acompañaba con sonrisa de que la observación tenía razón de ser.
Este señor: –¿Qué te pasa, que estás candado?
Y reían entre las dos, cómplices, y le pedían a Seda
que sonriera
también, fuera lo que fuera
no podía ser para tanto. Su cara de orto era un algo demasiado, exceso molesto en la mesa familiar,
si hay malestar
que no se note, por favor que la cambie que no puedo seguir tragando. Es lo que pide este señor, pater familiae. Acostumbrada desde óvulo fecundado a ganar puntos por obedecer, Seda entonces tensiona sus músculos faciales, pesados como los de un fiambre, para lograr mueca que pase por algo similar a una sonrisa malagana y permita que el almuerzo continúe su desarrollo en santa paz.
–¿Y vos qué tenés, por qué esa cara? –introyectando los modos de la matronal para ver qué se siente hermana Blixa espeta a hermana

Iro, cuya complexión sombría causa la consulta.
Una casa llena de caras de ogts.
Iro está molesta porque HARTA de los porotos con riendas que la señora prepara todos los domingos al mediodía para darle el gusto a este señor, que lejos de apreciar el gesto, ingresa la primera cucharada de caldo humeante entre pecho y espalda para dictaminar:
"Se te pasaron."
"Les falta cocción."
"Demasiada sal."
"Dónde está la color, no la veo."
"Incomibles."
"¿Con estos fideos los hiciste, sos loca?"
"No quiero, gracias, se me fue el hambre."
Y por supuesto: "Cuando pienso en los que hacía mi mamá".
A las trillizas de oro los porotos no les gustan y a este señor pareciera que tampoco, ¿por qué no se puede variar entonces el menú de los domingos a ver,
se puede saber?
Seda está molesta porque este señor le regaló un par de mocasines azules en contra de su voluntad. Ella no los quería, "Gracias pero no" (revoleo ocular de la señora, no se entiende si a este señor o a Seda), porque: 1) ¿qué son esos zapatos de cheta cararrota cuando ella lo que ambiciona (delira por) son las zapatillas con velcro de McGyver para saltar correr patear todo lo que se cruce en su camino de ida y vuelta al parque Rivadavia? Y 2) Le aprietan, le quedan chicos. ¿Qué parte de "calzo 37-38" no se entendió?
Al parecer,

con 10 años, esa pata no puede ser.
Lo anuncia la vendedora y queda demostrado en que le compran los zapatos igual porque le tienen que ir. Jogging y mocasines (azules): último grito de la moda en esquina arrabal
de Boedo rural.
Inútil esgrimir constatación táctil de dedos gordos embutidos tipo chorizo colorado bajo la cuerina (azul). La norma dicta niñas de 10 años que calzan 34, a lo sumo 35 (lo dice la vendedora, solícita y entusiasmada ante la perspectiva de sacarse de encima el último par de esa atrocidad en cuerina azul). La existencia toda de Seda puesta en duda por inofensivo par de mocasines (azules).
Tras la resistida adquisición, Seda continúa usando sus desastradas Topper de lona como antes, lo cual genera rispideces con la matronal.
¿Para qué te los compramos?
¿Te pensás que somos Rockefeller?
Si te creés que tenemos plata para andar tirando a la basura...
Seda no cuenta con el andamiaje mental necesario para oponer argumentos a las amargas lamentaciones maternas. Solo sensaciones, de distancia y desacuerdo, de vaga diferencia. Opta por contrarrestar las quejas desgarradoras de las señoras haciéndose la opa:
no escuché
no entendí
no te vi.
Termina calzando vez única los zapatitos en ocasión
de sesión
fotográfica en el parque Rivadavia. Blixa, Seda, Iro: shortcito y mocasines (azules) la del medio, brazos a los costados, mirada al

frente las tres. Panza metida,
respiración contenida.
Hasta que no logran estampa de granadero la foto no se hace, este señor tiene requerimientos específicos y particulares respecto de cómo debe verse todo lo que dejará "para la posteridad".
Es posible que desactivar las caras largas de las tres chiquis que duermen en la pieza del fondo sea la actividad más relevante que este señor desarrolla para el bien del colectivo. Se entrega a ella con pasión y creatividad palabrística. No bien alguna de ellas compone cara de culo, malos modos o expresión de desagrado de cualquier índole, ahí está él zumbándole en torno como tábano sediento
de alimento
para que rectifique su actitud. Y sobre todo: que no se hable más. Que no se hable. El tabú es solución de amplio espectro, todopoderosa para desinteligencias
de cualquier calibre, gravedad o pertinencia.
Queda claro muy pronto para Seda que la cuestión es no exteriorizar desagrado, no expresarlo de forma alguna que pueda ingresar por los ojos (de este señor). Si hay bronca, que no se note. Pero mejor si no la hay, la cuestión es tratar por todos los medios de no estar desagradada, en general. Raro dato de color: la señora, que dedica santo día a arrear a las tres sapos (de otro pozo) para arriba y para abajo como yo-yo en final
de mundial,
resulta inmune a la cara que pongan o tengan, lo que hagan o digan, que se pasa por el cuarto forro del upite. ¿Será que no fue iniciada en las artes de la lectura facial?
¿Habrá venido de fábrica sin ese optional?

–Eeeh, what pass, Carlos Paz? –se interesa compañero
de piso
de paso
aminorando la marcha rumbo al dispenser en busca de agua caliente (como si fuera tiempo perdido) para rellenar su termo. Tan lunes por la mañana todo, avista la –a esta altura– famosa cara larga de Seda frente a la pantalla que completa su barra de arranque en silencio, ¡eeehh, mamu, qué caripela! ¡Sonreí che! ¡Sonreí que la vida es bella!
¿Qué pasó? Pasó que el plomero no apareció
en todo el fin de semana pasó.
Pasó que tuvo que comprar par de bidones de agua mineral para lavar(se) pasó.
Pasó que está desde el sábado a sánguche de jamón y queso para no acumular platos sucios porque no tiene cómo lavarlos pasó.
El parquet tatuado con la silueta continental de Eurasia a centímetros de la pared del agujero, arruinado más allá de toda esperanza pasó, lo mismo que varias de las cositas que se encontraban descansando en el suelo al momento del desgraciado incidente: libros, cajas de cartón de la mudanza aún in medias res, su contenido, hermosos
(costosos)
tacos bajos comprados en Palermo Soho,
en casas-boutiques de diseñadoras locales. Un mundo de objetos afectados
por la mala suerte del episodio pasado.
La anunciación del plomero tardará todavía una semana y encon-

trará a una Seda al borde de la insania. No se trata solo de que le baje a abrir enrollada
en frazada
alrededor de la cintura, costumbre de entrecasa, es que al escucharlo a través del portero eléctrico se abandona, apenas colgado el tubo, a serie de hipidos histéricos, lágrimas que se descuelgan sin sentido ni volición de sus ojos. Llora Seda, incapaz de soportar la ola de alivio que de pronto la ase.
La inspección dura dos minutos. Determina que así como está nada puede el profesional matriculado (dudoso, pero le tomemos la palabra), tiene que volver con soplete y ayudante para soldar el caño de plomo. Antes picaría la pared alrededor, ¿me comprende, niña, lo que le quiero decir?, para dejar expuesta el área afectada y confirmar
que el parche está bien hecho y en su lugar.
Y que no cae más agua.
Comunicarle a Aldo, dueño de ramillete de deptos dispersos a lo largo y ancho de los cuarenta y ocho barrios porteños, los tristes sucesos acontecidos a raíz del deseo de Seda de modificar artificialmente las condiciones climáticas la llena de ansiedad, estrés y acidez, con lo cual es un no go total. Ya bastante con que tiene que verle la gta todos los santos meses porque Aldo no está bancarizado. Entre el 1 y el 5, número privado pide atención desde la pantalla del celu. Inútil no responder, el llamado se repite intermitente hasta la náusea, ad infinitum. Rugido gutural, ojos en blanco, Seda siempre termina atendiendo.
–Dice mi marido que cuándo quiere que le pase a cobrar el alquiler.

Ni hola qué tal ni soy cual: nada. Odia Seda a esa mujer conectada a un teléfono en alguna parte del orbe, sirviendo a Aldo con puntualidad devota, borrado su ser, cancelada su existencia toda, convertida en muñeca mecánica, autómata del siglo XXI, disco rayado con una única función. Además de la fecha, se requiere que Seda informe monto exacto con que va a abonar para que Mimarido aparezca con vuelto ídem. Desea
Seda
que se mueran
ambas, Mimarido y Dicemimarido, si bien en secreto, e invierte los primeros cinco días de cada mes en imaginar maneras de devolverles el mal gusto del llamado, incomodarlas de maneras absurdas. Luego las olvida hasta principios del siguiente mes.

La climática dificultada es una constante en la vida de Seda. Su escritorio de trabajo queda casi debajo de boca de aire acondicionado, zumbido permanente
en la ejecución
de su función.
Conclusión:
Seda pasa verano tras verano modelando vistosos suetercitos, saquitos de lana, camperita, cogote custodiado por pañuelos de algodón o de lana (o sea: bufanda). Seda tirita, Seda sufre en silencio. La nariz le gotea gélida aguanieve.
Se la mantiene
seca como puede, gracias a los servicios prestados por paquetingui de Carilinas: al mal tiempo buena cara (fundamental). Vez que pesca al bedel circulando por el piso lo corre, lo llama, con o sin

disimulo, le pide muy amable o no tanto si podría o fuera posible por favor tal vez aflojar un pelín con el aire.
–Me congelo –sonríe de oreja a oreja Seda toda buena onda y gesto con los brazos sobre el pecho de brrrr: frío.
El bedel no es simpático y –evidente–
no ha sido perseguido y apostrofado lo suficiente
durante infancia y años mozos por autoridad competente
a causa de la composición
de cara de orto porque la usa con abundancia y profusión,
lo mismo que los malos modos, junto con una risa cínico-sardónica que es imagen viva de lo horrible desagradable. Para resumir: el bedel es ser del mal que se refocila en el ejercicio de su pequeño, mínimo, poder. Esa es su felicidad posible y con ella lo dejan. Por ejemplo: prohibir la apertura de ventanas, negar el acceso a cierta escalera, no permitir la colocación de un corcho ni proveer de tachos de basura al personal necesitado de, hacer oídos sordos frente a los reclamos de limpieza de los baños de mujeres, que duplican en el piso la cantidad de hombres y sin embargo: para ellos hay dos, para ellas hay dos. El de ellas incluye –atención a este dato– la cocina. Otro: los utensilios de limpieza se stockean en los baños de mujeres. Como para que no queden dudas.
–¿Sabés qué pasa? –el bedel presintiendo victoria de fatality–. En las oficinas se mueren de calor.
Seda muy sorpresa. ¿Entonces? Entonces abrigate, gorda, porque en las oficinas trabajan los jefes. En criollo: ¿Quién te conoce? No sos nadie.
El depto de Aldo no tiene balcón ni vista espectacular de la ciudad. Es apenas un séptimo piso en el segundo cuerpo de una

estructura gigantesca, con cientos de cubículos todos iguales. La uniformidad que salvó a Seda el día del incidente aquagym es la que la sume ahora en la melancolía, presa del deseo
de ver cielo,
de tener un balcón, una terraza, sol directo, luz.
–Ay por favor –espanta Blixa con la mano el deseo pelotudo–, agradecé que conseguiste esto por la guita que tenías, que era lo mismo que nada.
Disiente Seda, deja casi el cuarenta por ciento de su sueldo en el alquiler.
–Eso es porque tenés un trabajo de mierda con un sueldo acorde.
Blixa también gana su pan en oficina de multinacional, si bien su hábitat dista de la sombría intemperie pasillística de Seda. Su escritorio está situado en locus amoenus de diseño magro-racional, delimitado por paredes de durlock con –lujo afásico– puerta y ventana a calle arbolada de Belgrano-Núñez, prácticamente frontera con el Uruguay. Al enterarse de que a Seda la querían para un puesto de cargafacturas Blixa militó el oxi con pasión porque está por debajo de vos, de tus estudios, de tus capacidades. Tu medalla al mejor promedio del año, el diplomita de honor de la Universidad de Buenos Aires, ¿para qué, cargar facturas nueve horas por día en un pasillo mal ventilado, con luz artificial y el zumbido permanente del grupo electrógeno (¿o es cónclave de módems lo que hay ahí?) que alma caritativa se dio el trabajo de instalar en el espacio aéreo sobre tu escritorio? ¡Pero dejate de joder!
–Conchabate en un argenchino de repositora para eso, es más o menos lo mismo.
Le pide fuerzas Seda a la todopoderosa para no revolear patada,

romperle la boca de una cachetada
para que aprenda a mantener la boca cerrada,
¿por qué opina, si a nadie le interesa escuchar lo que piensa? Pero no: sería violento, chocante. Ganaría la discusión, pero quedaría una semana
de cama
desequilibrada entregada a autocrítica feroz, inspección del acto, disección de sentimientos, pormenorizado análisis de por qué reaccionó así (mal), por qué todo se lo toma siempre a pecho, ¿qué le pasa, es loca? Blixa te lo dice por tu bien, ¿tan difícil es entenderlo, darte cuenta? La honda culpa de quien se defiende, páramo hostil.

Descubre Seda que la conversación
intrascendente de esperar el ascensor
o a que el microondas entibie porción
de tarta es lo que más le cuesta de su nueva vida corporativa.
¿Qué decir que sea lo suficientemente banal, lo suficientemente cáscara vacía?
En ese sentido, el clima no se agota jamás, es un clásico. Por fuera de él, Seda procura mostrarse lo más disconforme posible con su trabajo, aburrida
con su vida
más allá de cualquier límite o comparación, dos opciones bien recibidas
por sus compañeras de panal:
hablamos el mismo idioma, sufrimos el mismo mal.
Desasosiego es lingua franca en los lugares de paso, de espera, y

sirve para granjearse la simpatía de nativas de otros pisos o sectores, lo cual siempre viene bien (es lo que dicen).
Tarda año y medio Seda en terminar con el zumbido que causa el tráfico permanente de datos digitales sobre las cabezas de las paisanas pasillistas. Son módems nomás lo que se refocila en caja acrílica con rieles de metal a una altura de vuelo bajo. Sus compañeras de pasillo no ayudan, acostumbradas resignadas a condiciones laborales de mierda desde el minuto cero. A fuerza de ruegos y buena onda, sonrisa y
"si podés" o "cuando puedas",
"cuando te venga bien" o "si algún día te sobra un minutito",
"en una de esas" o "por ahí",
"si no es problema" o "si me podés ayudar",
logra apersonar
a uno de Sistemas que con gran poder observacional sindica vibración como el origen del golpeteo tipo entrechocar de dientes entre la puertecita con candado (para que nadie vaya a robarse los datos, ¿no es obvio?) y la estructura rielada en metal. Basta desencajar la puerta de sus pequeños goznes acrílicos para que las tres campesinas cargafacturas exhalen suspiros de satisfacción ante la insólita experiencia del silencio. Por primera vez
habitantes de otros sectores ensartan varia pelotudez
como telón de fondo, queda la voz.
El Operativo Silencio hace caer bastante mugre sobre los escritorios y en especial sobre el de Fanny Crisis de Tinayre, repleto de memorabilia proveniente de lugares del mundo que Fanny no conoce y a los cuales nunca viajará.
Es un guiño interno: la gente se va

de vacaciones a lugares
y de vuelta le trae
boludeces en cerámica o materiales
reciclables
impresentables
que Fanny acumula cerca suyo porque le recuerdan que es querida y le habilitan el viaje mental, el que más disfruta, el único en el cual se embarca. Cactus ridículamente minis, suculentas y ficus en botellas plásticas convertidas en ecomacetas
completan
el paisaje junto a pilas de facturas ya cargadas o por cargar de pronto rociadas con vellones de mugrecita crecida dentro de la caja acrílica, invernadero perfecto gracias a plumero que no plumereó desde el inicio de la conexión local con la www.
Técnico informático no se inmuta por la avalancha de suciedad, pelusa y porquería, cascada que se prodiga en –ahora– silencio desde lo alto para rebotar
y terminar
asentándose en el polifacético mundo que habita
el escritorio de Fanny, ubicado justo debajo de la caja maldita.
Queda todo con aspecto de paisaje lunar.
Por suerte ella no se encuentra en su puesto para presenciar
el devenir inesperado
de los acontecimientos, ida por algún lado
o pasillo a conseguir "algo dulce" (su perdición) y ponerse al corriente de cualquier chisme, grande o pequeño, que hubiera podido echar a andar desde la tarde anterior. Desciende técnico informático del atalaya desde el cual comanda la operación de altísima

complejidad, un zapato sobre el escritorio, el otro férreamente asentado
en la silla de Fanny Crisis de Tinayre, ocupado
concentrado
en que las ruedas del mobiliario no se deslicen y terminar dando con los dientes en la mesa. Se lo percibe satisfecho
por lo hecho,
a la espera de felicitación
que dé cuenta de que ha cumplido su misión.
En su lugar, lo recibe en tierra empellón
verbal de Beba Molotov, ocupante del primer escritorio del pasillo, casi junto a la boca del ascensor:
–Malísimo chabón mirá cualquiera cómo le dejaste el escritorio a Fanny no da –mano extendida señala con vaguedad todo lo que está frente a ella–. Cualquiera man.
Desorientado técnico informático se vuelve hacia Seda que aplaude sin hacer ruido y se deshace en loas y agradecimientos susurrados. A falta de cola para mover, levanta patita por detrás mientras performa un salticado rítmico en el lugar
tipo chihuahua con ganas de salir a jugar.
Al día siguiente averigua adónde queda el sector de la técnica informática en el edificio. Hasta dicha oscura zona de la planta baja –menos transitada que el desierto de Gobi– se allega Seda para ofrendarle al hacedor del silencio un kilo de yerba orgánica comprada en almacén cooperativo que abre a veces y cuando se da el milagro no siempre atienden porque no siempre tienen caja (es decir, nadie quiere sentarse a cobrar) o carecen de precios (o sea, las cooperativas productoras no informan cuánto cuestan

los productos dejados en consignación). No es tanto el precio del paquete (que de todas formas resulta considerable para el presupuesto jibarizado de Seda) como el hecho de haber logrado adquirirlo contra todo pronóstico lo que técnico informático aprecia en el sentido presente.
La polvareda consecuencia del Operativo Silencio alumbra una Fanny Crisis de Tinayre en armas que honra su onomástico, descreyente del estado en el que encuentra su puesto de trabajo, su lugar en el mundo, en definitiva,
casi desvanecida
del odio que le da "esto". Con cloqueo de alarma subitánea pasa a llamar a distintas dependencias del edificio con pedido perentorio de explicación. Evita –a pesar de la hybris que la emboba– marcar el número del área de la tecnología informática: el objetivo de la alharaca es desfogarse, no hay nada que solucionar, ya. Beba Molotov azuza su fuego aportando detalles non sanctos del operativo, como ser:
zapato de técnico informático encima de pila de facturas por vencer,
¡cualquiera amiga! ¿podés creer?,
o en la silla, ¡así como lo trajo de la calle!, sin profilaxis. Seda pone cara de lobotomizada
y hace como que no escucha nada
y menos de todo a las dos que contubernian porque ella es, al fin y al principio también, origen accionante del operativo, si le insistió hasta la náusea a técnico informático para que pasara
a ver la caja que zumbaba.
Durante tres minutos las considera par de ingratas incapacitadas

para apreciar el esfuerzo. Pero luego, al ver que no la marginan, al contrario, la invitan al ejercicio mancomunado de maledicencia en contra de la tecnología informática con la excusa de un mate recién cebado que viaja ahora
de mano en mano, se suma al cuerco porque es fácil y es gratis, señora.
Las horas
de las tardes cargafacturas son las más difíciles de atravesar. En primera, porque luego del almuerzo Seda cae por un tubo en especie de sopor
que decodifica como lógico de la digestión, irremediable. Es como si se le apagara un motor
y no tuviera acceso al núcleo energético de su ser. Es, además, cuando arranca la procesión a la Meca del segundo piso, donde existe repisa con máquina de café y tarros con galletas. Dos: uno de dulces y otro de saladas (de agua, en realidad). Es una romería que gotea cuerpas hacia el piso de abajo y cada cuerpa que usted ve es una que pasa por el pasillo de Seda, comenta pelotudez, ríe, en fin: molesta. Y luego pasa de vuelta, taza llena entre las manos, a veces sopla el contenido que humea, tres o cuatro galletas escondidas en la diestra porque nadie sabe, en verdad, si las vituallas son solo para las conquistadoras del segundo o para todo el mundo, hay ahí como un vacío jurídico que cada una explota para beneficio propio, previo mutis por el foro a toda velocidad, antes de que alguien se dé cuenta, arriesgue una consulta.
La puesta en condiciones del escritorio de Fanny es operada por las propias pasillistas

que no están dispuestas a dejarles la labor a las trabajadoras higienistas
de la noche. Con paciencia,
cotorreando lindo, desmontan con cuidado, sapiencia y maña
la maraña
de objetos y objetitos, facturas, bandejas plásticas, lapiceros, plantas de interior, utensilios de librería, cactuses, y en general enseres variopintos de calañas diversas que okupan la superficie toda del escritorio afectado. Riegan con ellos vistosamente la alfombra, que quería ser turquesa y es en realidad gris ratón por culpa del uso y alto tránsito. Con repasador incautado del baño de damas, Beba Molotov masajea con estudiado
cuidado
teclado,
monitor y mouse. Deja tras el breve expediente especie de tierrita adherida a contornos y superficies, estela de su buena voluntad. El resto del polvo pulula. En resumen: las intenciones de las aldeanas son buenas pero su performance higiénica deja bastante que desear, resulta evidente
que no es su fuerte.
Tosen por culpa de la cantidad de porquería que termina alborotada dando vueltas en el aire mientras Fanny Crisis de Tinayre anuncia su inmediata remoción
de la inmediación
pues alérgica y con posiblemente asma también. Quedan Seda y Beba Molotov ordenándole las cositas con amorosa dedicación, entre mates que van y vienen.
Ser que pasa y las ve arrodilladas

afanadas
en reubicar facturas y cachivaches sobre el escritorio, se frena, pregunta, comenta: da su opinión
del asunto, su versión,
lo que le parece. La ausencia de zumbido es novedad
que impacta psíquicamente como verdad
evidente una vez que se la hace notar con palabras, caso contrario, para las paseantes es difícil advertir la maravilla prima facie. Por eso, también, las resiente Seda: incapaces de notar la GRANDÍSIMA diferencia motu proprio, la paz auditiva resultante
de sus afanadas gestiones a lo largo de un tiempo: importante.

Tal vez por el ejercicio inesperado fuera de la silla, su hábitat natural, o por exceso de mate o porque la tarta de acelga no marida con el café que baja a buscar no bien terminan
con lo de Fanny Crisis de Tinayre para festejar la feliz conclusión de ese asunto. Tal vez es el pelín de lemon pie que prueba –ni la mitad de una porción, la nada misma– del festejo que en Garketing organizan para boyar la partida
de compañera expelida
rumbo a licencia por maternidad,
futuro siempre incierto: ¿volverá,
no volverá?
La tita apenas bajada del bondi ni siquiera la recuerda: suspiro de placer tan nimio no vale el espacio de almacenamiento en su memoria. Pasa que el depto de Aldo queda en diagonal a un negocio de venta de golosinas al por mayor, por kilo, ¿podés creer la mala suerte, la desgracia? Cuestión que Seda vuelve a su casa con un

fuerte dolor acá, patada al hígado mal, el estómago muy revuelto gramajo:
soy una cuerpa rehén del relajo,
en descomposición.
Sufre Seda en garras de salvaje meteorismo como Ann Darrow se retorcía en manos de King Kong. Erecta eructa y pedorrea sin descanso ni compostura: menos mal que vive sola. Ay qué mal se siente, ¡pésimo!, alguien que la sacrifique por favor. La panza inquieta regurgita, se mueve, es orquesta que afina y hace ruidos. Seda quisiera vomitar o cagar, vaciar su cuerpa de todo eso que la incomoda, le hace mal. Seda quisiera externarse de su cuerpa: ser aparte. Agarrándose el estómago se instala en el inodoro doblada en dos, mentón altura rodillas, intenta deposición que la alivie. Se siente pesada, pegoteada (por adentro), muy demasiado llena de materia. Como a pesar de sus esfuerzos y deseos nada sale de su cuerpa, deja el baño en pos de la cocina, se prepara un té con tostaditas. ¿Qué le pasa a esa cuerpa hija del culo que no la obedece?
¿Es o no es su dueña al final che?
Parecería que no, que es entidad libre y opera a partir de designios propios inconsultos. En lo profundo de su psiquis, Seda lo sabe. Y la odia por esa libertad que se arroga. También porque la sabe muy amadora de dar la nota, darse a ver o llamar la atención
sin su aprobación
ni consentimiento.
–¿Estás más gordita, nena? –la saludaba su abuela durante la adolescencia cada vez que caían de visita lideradas por su hija la señora, con ese diminutivo siniestro que a Seda le daban ganas de agarrarla de los tobillos como a un pescado y surtirla vuelta

y vuelta hasta dejarla knock out. La señora componía entonces apurada sonrisa de compromiso, alargaba la "o" del "Noooooo, Mami, ¿cómo se te ocurre? Es por la luz ¡desde ahí no ves nada!", con algo como contenido o atragantado, impulso que quedaba no dicho. La señora le respondía a su madre pero miraba a su hija con ojos de codorniz en apuros para que no reaccionara, está viejita, ¿qué querés?
Otra vez
el diminutivo. Jamás en todos los años de visitación ejercida con puntualidad metronómica de hija del bien (y porque Mami hacía de baby sitter no paga mientras la señora corría a hacerse explotar durante par de horas
por emprendedoras
con visión de negocio, digamos todo) se le ocurrió a Seda que los ojos de codorniz hubieran debido apuntar hacia la que saludaba con tanta falta de tacto.
Verdad es también que gran parte de las veces se encontraban en lo de Mami con el objetivo inconfesable de garronearle unos mangos para llegar a fin de mes, lo cual coartaba cualquier posibilidad de contraataque. En el transcurso de los primeros diez minutos de esas entrevistas periódicas, Mami informaba a la claque que hijo primero y mayor, en todo mejor no había pasado a saludarla o había faltado de alguna manera a sus promesas de comunicación semanal. Que se trataba de una información de importancia vital para la supervivencia de la especie en su conjunto surgía de la cantidad de veces que Mami la repetía cada vez. Era carozo
o meollo
de todos los intercambios hechos

bajo su techo.
Antes de concluir, el bululú de Mami incluía serie de posibles hipótesis o explicaciones por las cuales hijo primero y mayor, en todo mejor no se había hecho presente. Certezas más o menos comprobables que se mantenían incólumes durante largos minutos, barajadas con destreza singular por quien las emitía. Amaestradas, las presentes hacían que sí con la cabeza. Observaban riguroso silencio (Seda e Iro porque tenían el buche lleno de Melbas). A la señora por ahí se le permitía un "Claro,
qué raro",
pero eso era todo: se exigía de ellas la escucha, en ningún caso la producción de significantes. No hay registros, al menos Seda nunca se enteró, de comentarios similares respecto de la señora en las visitas de hijo primero y mayor, en todo mejor y su prole.

Seda no conoció más abuelas que Mami, mujer enjuta muy parca, más una idea filiatoria que una ser de carne y eso. Mami no era afecta a las demostraciones de ningún tipo ni en general a nada que implicara comunicación y pudiera engendrar –la boca se te haga a un lado– vínculo con las tres rinocerontas que le habían tocado de nietas. Casi nada sabían de ella
Seda y sus hermanas, su existencia
tragada por una oscuridad en la que las palabras no hacían mella. Sí, había quedado viuda en algún momento ("todavía joven", según la señora) y no era de por acá (eso lo sacaron porque tenía acento). Del lado paterno solo llegaban voces incomprobables de gente nacida y criada del otro lado de la cordillera. Este señor amaba con amor verdadero la historia de su familia, la estudiaba con pasión

y así también se la transmitía a sus hijas. Pasa que todo tan lejos que: indecidible.
Contaba por ejemplo de un vendedor ambulante casado con ex directora de colegio de señoritas, siglo XX apenas arrancado:
su amado
Abuelito David, con quien se había criado
hasta que papá pudo comprarse casa propia. De vendedor ambulante, Abuelito David pasó a obrero ferroviario, donde echó raíces hasta la jubilación. El sueldo era escaso y apenas alcanzaba para cubrir las necesidades de nucleótido familiar compuesto por Abuelita Rosa, mamá, papá y nieto, o sea: este señor. Abuelito David trabajaba el turno noche y salía de casa con un revólver en el bolsillo del pantalón. Se lo hacía tocar a este señor tomando los recaudos del caso (¿cuáles?, preguntaba la inquisitoria mente de Iro), al parecer era ritual cotidiano, performado cada tarde al partir rumbo al trabajo. Por alguna razón que –habitante de otro siglo al fin– Seda no entiende, a Abuelito David no se le podía revelar que lo que ganaba trabajando como guardabarrera del ferrocarril,
trabajo cerril,
no alcanzaba para todas y él tampoco se daba cuenta (hashtag rari). Con lo cual, desde chico papá supo salir a revolver basura ajena en busca de reciclables para hacerse de unos mangos extra que le daba a Abuelita Rosa en secreto. Cachureaba.
Cantidad de cosas había
que no se le podían
decir a Abuelito David. Como era analfabeto, el diario se lo leía Abuelita Rosa que, para no estresarlo con boludeces, editaba un

pelito las noticias sobre la marcha para que se amoldaran
a lo que Abuelito David deseaba
o esperaba
de la realidad: el triunfo de la clase trabajadora en alguna lucha sindical, el derrumbe de algún político (todos corruptos), cosas así. Nadie quería ver a Abuelito David nervioso, mayormente porque se sacaba el cinturón y arrinconaba a Abuelita Rosa en la cocina, la única de su entorno a quien podía golpear sin consecuencias ni obligación
de explicación.
Igual, obvio: lo hacía porque tenía poca educación,
pobre Abuelito David. Es que Abuelito David era "un animal" pero igual este señor lo amaba con amor verdadero porque era su Abuelito David.
Abuelita Rosa no era ninguna santa, tampoco. Después de que Abuelito David por ejemplo le tirara a la basura los libros de la bibliotequita de copetuda pelotuda que había logrado conservar tras su salida de la dirección del colegio de señoritas (porque, ya solterona, había tenido la inmensa suerte de pegar este partidazo que era Abuelito David) para que no se anduviera dando ínfulas de sabihonda, Abuelita Rosa agarró y se fue volando a la habitación de su nuera, mamá de este señor, a decirle "india pata sucia" para relajar,
bajar
un poco el stress, que es malo para la salud, se sabe. Así transcurrían los días
en ese pequeño hogar modélico, que este señor recordaba con adoración melancólica de paraíso perdido.

Muchas cosas se hacían a escondidas en esa época. Cada jueves durante años Abuelita Rosa esperaba a que Abuelito David se fuera a trabajar (no olvidemos la pistola) y luego rajaba de la mano de este señor, que no había cumplido aún los diez años, a pegarse panzada de cine en la sala de continuados. Como tenía una pierna "malita" que la hacía cojear, el trayecto de ida y de vuelta les tomaba horas. Llamativamente, mamá estaba al tanto de estas expediciones que se le ocultaban también a papá (o sea que tan de mierda no era mamá con su suegra). Cuánto riesgo, cuánta aventura en esas vidas siempre al borde de la muerte o el machucaje, si los varones de la familia se llegaban a enterar.

Otras salidas de querusa eran las que hacía mamá, también de la mano de este señor –cuya función era la de pararrayos, evidentemente–, a ver a su hermana alcohólica en situación
de prostitución.
Como papá le había prohibido verla o atenete a las consecuencias (¿cinturonazo o pistola?), mamá disfrazaba la visita de escapada a la peluquería adonde se encontraba, mirá lo que son las casualidades, con hermana querida, a quien le colaboraba con unos mangos ahorrados en secreto de los gastos familiares
semanales
(nadie se podía enterar porque posiblemente cinturonazo o pistola, o ambos).
Dueño de un carácter lírico y sensible, excelente guardador de secretos –hecho demostrado en que las salidas no autorizadas de las reclusas jamás fueron descubiertas por la administración–, este señor creció aborreciendo el conflicto, cuya mínima expresión es,

como sabemos, el diálogo, el intercambio de opiniones o puntos de vista diversos. Fue tal vez su manera de alejarse de la pedagogía del golpe y la amenaza, que tan bien llegara a conocer durante sus años infantiles. En ese caldo vinieron a caer Blixa, Seda e Iro, crecidas en un ambiente de armonía tan sin fisuras que terminó siendo imperativo asfixiante. En casa de este señor nadie nunca levantó la mano: él menos que nadie (algún recuerdo hay almacenado en la psiquis de las borregas de la señora cacheteando culete
desnudo de hija que no obedece
porque: tarada). Con la proscripción de la mera idea del enfrentamiento, tabú devino diosa petate adorada con intensidad por esa pequeña familia que lucha por proyectarse hacia el futuro. En ese caldo se fraguan las tres bípedas portadoras de argolla: asco por el disenso, pavor a expresar opinión que no sea la ya circulante, emitida por –obvio– este señor (vale decir: masculino a cargo). Ante todo harán silencio y, en palabras de la señora: "No me quiero pelear, ¿para qué?".
La socialización escolar premia con gran alharaca esta manera de ser tan aborrecedora del conflicto. Desde primer grado Blixa descolla. Sale abanderada
por promedio, va a olimpíada
de tipo física, química, biología, matemática, las maestras la felicitan, la distinguen, la aprecian, saludan su desempeño por excelente.
Cuerpo docente
en bloque la adora. Seda sigue esa senda. A falta de talento, logra con esfuerzo disciplinado un desempeño: bien. Las hermanitas sobresaliente llaman la atención, atraen miradas en el agreste panorama del barrio de Boedo,

acostumbrado más a regodeo
de amonestación, a eterna
ausencia materna,
que a pandilla aplicada,
en obedecer entrenada,
sin chistar
ni preguntar:
prolijas, eficientes, sobre todo calladas.
Hay un gozo en la perfecta ejecución de las expectativas ajenas, el de volverse casi cosa. Es un puro hacer
para ser.
No requiere pensamiento, reflexión ni –siquiera– conciencia: basta aplicarse a la solicitud externa.
Y en eso llegó Iro y empezó el delirio. Aún no despega medio metro del piso que descubre solina solina la gta candado para expresar malestar u opinión divergente, nada no. Y ahí ya, prestando atención, era evidente el nivel de genialidad verdadera que traía de fábrica, muy superior en todo y en partes a sus hermanas mayores ya existentes.
"¡No! ¡Nada no!", primeras palabras, antes que "mamá", "papá" y variedad de pelotudeces sin utilidad inmediata evidente.
Más tarde: inventa las malas notas, algo impensado,
nunca antes imaginado
ni –menos– visto en la esquina de Boedo periferia en la que se afinca el tres ambientes habitado
por este pequeño y esforzado
núcleo de reproducción social. Hasta Iro, la nota más baja conocida era el nueve. La posibilidad del mal desempeño fascina a Seda,

en dos minutos subyugada
por las ideas de avanzada
de su hermana menor. Vive este mesmerismo en silencio, cuidándose de no modificar su desempeño de alta competición, lo único que la distingue y refrenda como individua de valía dentro del ecosistema familiar.
Nadie pide buenas notas, pero lo que se genera cuando Iro aterriza con su boletín percudido de cuatros, regular y debe –mejorar su actitud hacia la maestra y sus compañeritas, elaborar su enojo lingüísticamente (o sea: pega, señora, tiene la mano pesada), etc.– es un escándalo frío, atenazado por el asombro. Nadie se la vio venir.
–Iro, por favor,
qué pavada esta rebeldía que te agarra,
mi amor
–la voz de este señor
es suave, lo mismo que sus gestos, todo él constituye la estampa misma de la compostura–. ¿No ves que es una ridiculez
esto que hacés?
Se encoge de hombros Iro, hace pececito con la boca, mira el techo, se observa los pies. Este señor, entonces, se empeña a fondo en estocada buena: ríe. Se ríe de su hija ridícula. La señala como tal y ahí la deja, humillada por grotesca, en mitad del comedor.
Ser ridícula es lo peor.
Es no pertenecer a la regla, a la norma; es no ser "normal". Es haber sido expulsada del deber ser. Blixa ríe también, acompaña a este señor en su empresa. Y sí: con su desinterés por la escuela y las notas y lo que opinen de ella en general, Iro desmonta la ordenada

retícula del mundo en el que Blixa sobresale. Seda por su parte se siente enferma, las tripas revueltas de pensar
adónde las puede llevar
el conflicto. La señora: same amea.
¿Por qué Iro no hace caso? Su actitud dificulta la imagen idílica de familia perfección que tan grata y tranquilizadora les resulta a todas (menos a la loca de mierda, evidentemente). Sería todo tan sencillo si se aviniera a cooperar. "Nadie" (las señoras) entiende de dónde salió esa nena difícil ni cuál es su "problema". ("Yo no tengo ningún problema, ¿no se aprueba con cuatro?", hombros en el mentón para dejar claro que no le gusta que la nota le "sobre".) Con la misma fascinación y repelús que siente frente a las fotos de los dragones de Komodo que reptan en números atrasados
de la National Geographic adquiridas por este señor usados
–a veces por peso– en la feria de libros del parque Rivadavia, Seda intuye en la inexplicable irreductibilidad de Iro algo en verdad propio, único, más allá de la repetición de gestos y costumbres heredadas.

Ser ridícula es casi tan malo como vender carne, que es lo otro que empiezan a hacer las vaquillonas no bien ingresan en la adolescencia. Dueñas de cuerpas voluptuosas (gordas), las hormonas le plantean una dificultad, digamos, estética a este señor que al verlas todo menos Lolitas pone en movimiento un asedio de intensidad alta tendiente a que se cubran la mayor cantidad de poro posible. Pollera-pantalón, shorcito, ni digamos minifalda –casi un contranatura– serán variedades textiles nefandas, denunciadas como voluptuosos intentos seductorios de masculinidad girova-

gante por las veredas de la urbe (hashtag ASCO). Las guía, más bien, un poco las empuja, por la esforzada senda del cultivo de la inteligencia, vía que, verificarán una y otra vez las borregas, carece de cuerpa.
Seda transcurre así su adolescencia personificando a leñador del Gólgota. Su friolencia no colabora tampoco en la factura de un todo armónico al ojo. Sus compañeras de escuela estrenan escotadas musculosas, corpiños con encajes para ser vistos; Seda cubre su fenomenal cordillera con camiseta, camisa cuadrillé, pulóver y –colmo senil– chaleco inflable. Es casi milagroso que con la cantidad de capas que se tira encima conserve algo de movilidad.
Este señor sufre además la enfermedad del miedo, que les transmite con puntualidad a sus vástagas, en especial a Blixa y Seda, muy disponibles a su canto de sirena.
La calle es peligrosa y no debe de transitarse sin luz o compañía. Jamás solas, jamás de noche, jamás deambular por zona desconocida o poco conocida, mejor no salir, o salir poco, siempre de a dos, de a muchas: estrategias para evitarse una mala sangre. Este señor no lo dice porque no hace falta, resulta evidente que conato de insubordinación se paga
con violación
raptación
matación
secuestración
degollación
golpeación
cortación
empalación

molestación
manoseación
apoyación
insultación
toqueteación
baboseación
cargoseación.
Opciones. La calle es un afuera lleno hasta las tetas de seres del Mal, al acecho. La desgracia impredecible te dice: quedate en casa. "Mejor prevenir que curar", repite este señor en un goteo insistente de canilla mal cerrada. Y también: "Después no te quejés" o "Después vas a llorar", versión amenaza de "Yo sé lo que te digo, haceme caso", básico en su credo. Así las cuida, convirtiéndolas en vaquillonas de pasar el día rumiando enclaustradas, sin más ansias de participación en el ancho mundo y ajeno que asistir a cursitos de macramé o hacerle la segunda a la señora en sus visitas obligatorias a Mami dos o tres veces por semana (absoluto sine qua non, caso contrario no se enterarían de si fue o no fue hijo primero y mayor, en todo mejor a visitarla como había prometido).
–Tenés que ser inteligente, hija –Iro otra vez en la picota, se desconoce la falta o su gravedad–. No puede ser que tu madre tenga que volver a ir a hablar con la maestra de nuevo –fastidio supremo en la cara de este señor–. ¡Es la tercera vez en menos de dos meses, hija! ¡Pero no puede ser! No prestás atención, te distraés
no copiás, no hacés
la tarea, ¡entendé de una buena vez que no puede ser!
Seda es de acompañar a la señora en esas infaustas expediciones a la sucursal escolar, convocadas por nota manuscrita en cuaderno

de comunicancias para hablar con
docentes
decentes
dechado
de buenas intenciones y miradas de falsa comprensión acerca de la maldita Iro. "No es mala" es lo único que le sale a la señora de la boca, escudo multivalente,
afirmación mínima con la que hace frente
el pasaje factureril de seres que, la verdad, no aparentan gran equilibrio de ánimo y/o espíritu.
–¿Qué pasa, mamucha, te ponen nerviosa los millones, no sabés multiplicar? –querida maestra a cargo del curso de chiquilinas de 10 y 11 años, mirada desafiante en los ojos, casi rayos X, desactiva de raíz impulso propositivo de la señora que, no quiero pelear, depone ipso facto sugerencia de por ahí es mejor enseñarles a multiplicar con números más chicos.
Inútil para obedecer nació Iro, el repeat roto de fábrica. Sencillamente no reproduce las formas heredadas, es impermeable a la cultura. Con ella es repensar todo desde cero, cada vez.
–Cambiate la ropa, bañate mejor, ¿no ves que estás sucia?
O:
–¿Pero podés parar de servirte, Iro, y dejar algo para el resto que también tiene hambre como vos?
O:
–¡Pero dame acá esa chancleta, dejá de golpear a tu hermana, pobre santa!
Todo topa con pregunta fatídica: ¿por qué? Sin el botón de obediencia debida, Iro pone palos en la rueda cotidiana del pequeño

grupo que integra y sobre todo en la de la señora, cuya estrategia principal es hacer la vista gorda la mayoría del tiempo porque no quiero pelear, ¿para qué, qué gano?
Se compara Seda con el entorno y piensa de sí que es un poco lela, algo tarda o como dificultada para la reacción inmediata ante las interpelaciones del mundo. Siente que nunca tiene la respuesta justa o correcta, verdadero reflejo de lo que piensa y quiere responder. Espetada, observada de la manera que sea, tiende a entrar en pánico y verbalizar A queriendo dar a entender B. Es una manera oblicua de comunicación que el 99% de las veces fracasa porque se decodifica lo que dice, no el subtexto (la expresión de su cara o su mirada, la compostura general de desagrado
e incomodidad que acompaña el recitado
de "Sí, puedo hacerlo, todo bien [¿En serio me estás pidiendo que labure gratis el fin de semana?]"). Es un rasgo caracterial muy de la señora. "No quiero pelear" y por adentro imaginación revolea patada voladora altura tráquea a la pelotuda de Matemática que se atora, cae de rodillas, pide auxilio con desespero. El corso va siempre por dentro y a contramano.
A esto se suma marcada dificultad para traducir el impacto que las palabras de las otras producen en su cuerpa a otras palabras, propias. Vale decir,
decodificar cómo la hacen sentir
es para Seda complejo nivel poner satélite en órbita. Lo cual pavimenta la fascinación adictiva que le provoca Iro que la mayoría de las veces ni siquiera se siente interpelada,
no considera que deba contestar necesariamente a nada
que se le refiera, la observe, rete o le hable. Responde si quiere y si

no: par de girasoles en los ojos y pececito con la boca y a otra cosa, pasa un tren por Ferrocarril Oeste.
Se compara Seda con el entorno porque la comparación es el grado cero de la pedagogía en Occidente, se mama desde la cuna. "Hacé como X que" es rasti fundamental de una estructura en permanente crecimiento y expansión, adensamiento y capas, que ganará complejidad hasta regir la total comprensión del mundo, la autopercepción. La propia valía se expresará así siempre por contrapunto con la de las demás: el resto de la humanidad. X puede ser tu hermana, tu vieja, tu amiga, la cajera
de tu argenchino, tu compañera
de trabajo: puede ser cualquiera
que no seas
vos. Lo importante es medirte con el afuera,
apreciar la distancia que te separa de un punto dado, de todo eso
que es no-vos. A partir
del contrapunto, salir
de vos para entenderte, comprenderte, aprehenderte.

Seda carga facturas. No puede evitar
relojear
la nuca de Fanny Crisis de Tinayre, sentada como todos los días en el escritorio de adelante, ocupada en este caso en peluda relación telefónica de la última tirada de cartas que hizo (salió fatal todo para atrás qué desgracia). Es el momento del día en el que Fanny Crisis de Tinayre no soporta que la molesten con pelotudeces (laborales). Mira hosca a la courier interna que aparece
en el codo del pasillo con nueva remesa de facturas-por-cargar

bajo el brazo. Con fastidio hace volar
su mano libre para que haga lo que tenga que hacer y libere al trote el campo visual. A la espalda que se aleja rumbo al ascensor le aclara:
"Ahora no puedo, estoy ocupada.
Mañana". Chasquido de lengua cierra la comunicación. Beba Molotov se vuelve con cara de qué atrevida la courier, aparecerse a esta hora, ¿qué le pasa, está loca? Intercambian en voz baja pareceres sobre la desubicación de algunas compañeras, qué fea la falta de ubicación que campea en esta empresa, Beba Molotov aprovecha para recomendarle el curso gratuito de automaquillaje que está siguiendo en YouTube. Se corre para que Fanny Crisis de Tinayre
pueda ver
la pantalla de su compu, que exhibe a mujer
en primerísimo primer plano, freezada con un rectángulo de gomaespuma a la altura del cachete.
–Qué pesada que es esta, no la aguanto –Fanny vuelve a la diatriba contra la courier, desentendiéndose del automaquillaje.
Divide a ojo en tres la pila de nuevas facturas-por-cargar y extrañamente la pila propia resulta algo deflacionaria en relación con las otras dos. Se las tiende. Seda stockea las suyas en la Bandeja de Entrada, rectángulo de melamina que tiene en el extremo izquierdo de su escritorio, cuidando de no alterar el orden de llegada.
–Pobre mina, no tiene vida –Beba Molotov suspira la boca tomada por mueca de asco. Cambia la yerba del mate, que pega la vuelta en Seda–. Dicen que el jefe la acosa.
–Qué falta de imaginación –y con un movimiento descuidado

Fanny Crisis de Tinayre empuja su pilón de nuevas facturas-por-cargar con tan mala suerte que terminan en el piso, en revuelta confusión.
No reacciona Seda, anda bajón
porque tía (política) de pronto viuda se agarró la mala costumbre de llamarla varias veces por día para ahorrarse terapia. Celular en la oreja y mente algo ausente
muy sorpresa constata impotente
su pasaje de mujer con ideas y opiniones a semi okupa de su propia casa, para la cual hermanitos políticos (surtido de tíos de Seda) tienen mil ideas
que le consultan, cuando quieren. Fallecido su querido compañero por casi medio siglo, hermano mayor
de este señor,
tía de pronto viuda sufre asedio por parte de buenas intenciones y otras ansias de "los chotos", como en seguida los bautiza, que adoptan mayormente forma de desalojo con destino geriátrico. O, en el mejor de los casos, alquiler de su casa de a cachos a través de plataforma web tipo Airbnb. Se descuenta su alegría por retorno triunfal
al mercado laboral
bajo la figura de regenta de hostel porque total
"vivís ahí, no te cuesta nada".
La entiende Seda a tía de pronto viuda pero ¿qué puede ella para socorrerla? Que surtido de tíos es manada de neandertales se sospecha desde el inicio, pasa que ahora la intuición se actualiza como verdad evidente, imposible de esconder
o desconocer.

Es que magia potente opera en medio de la desgracia: muerto el muerto, tía de pronto viuda pierde solidez, realidad. Se intensifica así la pérdida del fallecido con la de su propio estatuto personal de ser hábil, con derecho a voz y voto. Seda promete hacerle lobby con este señor, a ver si logra instalar grieta que deje a tía
de pronto viuda tranquila
en su hogar, a salvo de las intenciones facinerosas de la banda de crápulas.
Parte de este plan de contención psico-emocional, Seda debuta costumbre de patear cuadras que la separan de casa de tía de pronto viuda tras la jornada laboral. Pasar la 25 de Mayo es como descender a los infiernos pues locus amoenus de gran atractividad para pungas y barrio bajo en general, carente de todo. Teme Seda cada vez atravesar esos cien metros, más por educación
que por constatación
directa, ya que las pobres menesterosas apiladas
sobre colchones habitan cuerpas delgadas,
frágiles, muchas veces enfermas, que difícilmente podrían hacerle frente a la suya: sólida bien alimentada, sana, densa. La incorporación acrítica de lo que dice "la gente" –este señor– como verdad comprobada la deja al borde del panic attack y le impide ver el lugar (común), consabido,
mil veces recorrido.
Por suerte, post tenebras siempre lux. En Cochabamba Seda respira y el bombeo de su corazón, que escuchaba a la altura de sus oídos, mengua hasta desaparecer.
Lo bien vuelve a amanecer,
Boedo se convierte en el arrabal de su infancia, amplias veredas

tranquilas,
casas bajas, vecinas
tomando mate o escuchando la radio junto a las puertas de sus hogares. Seda y tía de pronto viuda cenan juntas. Charlan del más y del menos, de bueyes perdidos
y sucedidos
en la cotidiana empresarial, de exabruptos de los chotos, que vuelven en loop, eterno retorno de lo ocluido o silenciado. Tía de pronto viuda es buena
cocinera y conversadora ídem, del tipo muera
el silencio. El tiempo vuela.
Cercano
el verano
se instalan en la mesita del patio a cielo abierto y son ya delicia inconfesable esas horas de ver la luz partir, el mundo sensible aquietarse. A veces Seda encuentra en la casa también a Iro, que visita. Vive cerca, zona Parque Chacabuco, adonde terminó encallando por culpa de "la crisis", continuum indiscernible sin fin ni principio que la corrió de Boedo. A Blixa nunca porque Blixa no bien pudo se mandó mudar a barrio casi en otro país, de cuya existencia da paja acordarse pues frontera norte con la india. Se ven en ocasiones "especiales" (v. gr. de asistencia obligatoria): cumpleaños, Navidad, Año Nuevo, urgencias.
El tema
es cuando la cena
se alarga qué problema
atravesar de vuelta la autopista y en general circular por la parte de allá de Boedo, bastante mal iluminada, Seda no se atreve. Tomarse

un taxi no es opción porque nunca sabés: te puede subir un loco que te viola y te descuartiza
y te tira detrás del estadio, a metros de la villa.
Gastar en viáticos le da a Seda rabia. Va en contra de su religión, que consiste en aprovechar
o utilizar
cualquier excusa para moverse, a ver si en una de esas, sin pensarlo demasiado, su cuerpa se estiliza, se vuelve más parecida a la norma prescrita por belleza uniforme, hegemónica. Es batalla que nació perdida, lo sabe Seda. Igual no se resigna. En algún lugar oscuro de su psiquis las estatuillas alargadas de Giacometti juzgan en silencio su tendencia a la resignación.
Para evitar el desasosiego de la vuelta –compartido, hasta que no la llama, tía de pronto viuda no pega ojo– muchas veces pernocta del lado de allá. Tía de pronto viuda lo agradece. Ahora
que es sola
el exceso de espacio se le volvió hostil. Recién nacida a su nueva situación,
harta de limpiar lo que vive como exceso de extensión,
se va quedando sin plan ni intención,
en planta baja, sede de cocina, baño, habitación,
patio, estar y garaje. Que no se enteren los chotos: en una ida al biorsi son capaces de organizarle inquilinato en el primer piso abandonado para que se haga unos mangos extra, que no necesita.
Tiene del difunto la pensión
más su jubilación,
vive bien, le alcanza.
Incordio tener que volver a bañarse y cambiarse seguida por el

reloj en marca pegajosa para trotar a embutirse en el bondi con la porción de humanidad que como Seda se moviliza rumbo a la arcada laboral de cada día. Kilómetro y medio separa casa de tía de pronto viuda de la propia, con lo cual las veces que pernocta del lado de allá
es fija que mañana siguiente llegará
con retraso a su escritorio. No se queja sin embargo Seda del tránsito y eventualidades,
de inconvenientes imprevistos o dificultades,
sabe bien –porque de muy chica lo ha incorporado– que la queja es algo horrible desagradable: la queja es lo peor.
Se lo decía la señora, apechugá, mi amor, no pierdas tiempo quejándote que no sirve para nada, elidiendo o dando por sabida, obvia o evidente la condicional "si naciste con argolla". Situación codificada por cultura como "el que no llora no mama", nunca mejor usado y puesto el masculino ahí sujetando.
Pero además Seda disfruta el camino de vuelta cuando emprendido por la mañana temprano. Claridad la aguarda en la vereda, aliada que Seda venera,
la acompaña disipando cualquier temor a su paso. Donde hay luz todo está bien, Boedo asume aspecto tranquilo de creación reciente, porteros combaten la suciedad con agua jabonosa, abandonados a complejas meditaciones, manguera en mano. Bajo la autopista todo es un dormir apaciguado,
no hay posibilidad de siniestro tan temprano.
Adoración por la deriva ciudadana tiene Seda, que practica también en bicicleta. Como no aprendió a andar de chica, tuvo que tomarse el trabajo de grande, experiencia acribillada de bemoles

que incluye generosa cantidad de ridículo y temores
en formato caída, casi choque, choquecín, accidente vial, comida de cordón,
atropello corazón,
pobre bípeda, etc. Sobrelleva durezas
y asperezas
del aprendizaje gracias a que, si erra o le pasa sin querer
de cometer
algún ilícito o no ideal,
no hay en general
testigas para echarle el operandi indebido en el rostro, lo cual
le da sensación de libertad.
No ser vista es no ser criticada,
escapar de las garras afiladas
del comentario reprensor
con potencial censor.
La sensación
de torpeza e inadecuación
que estos incidentes le dejan en la psicosomática se aloja por suerte en sección
de su memoria entrenada en hashtag SOLTAR.
Misma estrategia destina
a la exclamación bizantina
que genera su trasero cuando montado en el sillín, expediente con algo de milagroso a juzgar por la cantidad de comentarios que despierta en boca desconocida
de varones biológicos, debía
de ser

algo maravilloso de ver.
Capítulo aparte merece el altercado con desagradable chatarrero que al percibir a Seda dispuesta a usar
bicisenda para cruzar
esquina sin semáforo pisa a fondo el objetivo puesto en acelerar el catorcio que maneja, flor de megáfono sobre la cabina, conductor se relame divertido
ante acompañante confundido
por lo que está a punto de hacer, que es: casi pisarla. Y Seda, inconsciente,
incomprensible
incongruente,
en lugar de frenarse y putear la falta de bonhomía y código, sigue adelante como si nada, como si no hubiera visto camión de proporciones que avanza cayéndose a pedazos,
camión que no va a cederle el paso
en esa esquina sin semáforo.
Se desploma Seda con estruendo, su humanidad toda desbarrancada sin gloria, con más delicadeza cayó Ilión. Convertida en bólido interruptus, su ruedita delantera queda atrapada bajo ruedota del mecánico mastodonte que se mueve con lenta dificultad y gran alharaca. Grito azorado compungido deja la boca de una Seda incrédula, que no articula palabras, incapaz de procesar lo que acontece. A algunos metros en la vereda, paseadora
de can preocupada sorora
detiene su avance
y sin pérdida de tiempo o percance
con su celular

se pone a sacar
foto de camión y patente,
de conductor y subagente
ambos entregados
a desaforado
puteo contra la magullada yacente.
"Gordeo" debiera mejor escribir, ya que –obediencia debida– la prole de patriarcado se da al trabajo de comentar y apostrofar con creativa variedad incansable de mil maneras diferentes el recubrimiento cárnico de Seda.
Media cuerpa afuera
de la ventanilla, acompañante aprovecha y blande termo como si le fuera
a pegar: ríen, se festejan. Seda llora por su rueda descoyuntada, el pantalón
rajado roto en las rodillas, algo de sangre por el raspón,
trata de que los malhechores compartan su punto de vista y entiendan su dolor, imposible ya continuar hacia destino, alcanzame al menos hasta una bicicletería, che.
Fastidiadísimo por lo que interpretan como un tupé,
el combo varonil vuelve a poner en marcha su castillo vagabundo,
frenado a ultimísimo momento antes del atropello definitivo,
retoma su recorrido
como si nada. Compro heladera, compro ventilador, compro colchón, señora, señor, compro.
Muy sorpresa
se confiesa
más tarde Seda al relatarle a Iro

lo sucedido.
Breve cabildeo con paseadora de can la mune de patente y posibilidad de acción denuncialista. ¿Pero para qué? Autopregunta muy de la señora, correlato verbal
de desinflaje anímico-espiritual,
de aceptar las cosas como cree que son, vale decir: inmutables. Seda se observa las rodillas, que humedece con gasa embebida en Pervinox.
–¿Para que dejen de practicar el deporte de pisar gordas medio boludas en bicicleta? –del otro lado de la línea, Iro mastica algo con bastante trabajo.
–¿Qué comés?
–Nada que te interese.
–Quiero saber, decímelo ya, tarada.
–No. Tarada vos.

Cuánta dificultad para llegar esa mañana a cargar facturas. Kilómetro a pie hasta la bicicletería remolcando cachos
exangües de naufragio,
partes inconexas de lo que supo ser su simpática Aurorita folding. Ambas avanzan como pueden, van rotas, desastradas. Comprender que la reparación va a salir
fortuna y exigir
varios días de internación. Seña Seda
el trabajo por venir
con lo que tiene en la billetera,
siempre poco.
Llora la carta, con moco.

Al borde de ataque histérico muy evidente logra conmover un algo a señor
trabajador,
que se las ha visto todas de guardia en su pequeño local y termina por aceptarle los tres mangos que la caída le ofrece para arrancar a laburar.
La consuela a regañadientes. Menos mal que el sucedido aconteció en territorio conocido
Boedo habitual de todos los días, si no muy otro sería el cantar.
Con su sexto sentido
para detectar
inusualidad de cualquier tipo, minutos pasado el horario de entrada, Fanny Crisis de Tinayre husmea el aire compartido
del pasillo y dictamina que algo raro está en tren, no es propio de Seda llegar tarde. A diferencia del modus vivendi de Beba Molotov, siempre urdiendo trombóticas
estratagemas
estrambóticas
para defraudar los asiduos controles de las de Recursos Humanos (o Personal), que Fanny Crisis de Tinayre por supuesto apoya con la rotunda convicción
de quien sabe que tiene razón.
Verbigracia: "¿Llegó Beba?" es
consulta que se
contesta siempre con sí,
a rajatabla, más allá de los dictados de la realidad sensible.
Seda aparece cerca del mediodía hecha un bollo revolvido de sangre y mugre y rotura de ropa, lo cual genera en Fanny Crisis de

Tinayre subidón adrenalínico que tarda varios días en desactivarse. "Algo" ha pasado,
lo que había sospechado
desde el minuto uno. Algo que rompe la monotonía
cargafacturas de sus jornadas compartidas.
Algo interesante, sin dudas, para dejar a pobre Seda en ese calamitoso estado, desembuchá,
todo contá.

Aurorita plegable jamás se recupera del brutal encontronazo esquinero
con camión chatarrero.
Vuelve a andar pero convertida en manojo de cloqueos
y chirridos
sin sentido,
roces de partes imposibles de identificar, la cadena convertida en pura ansia
de salirse de quicio en cualquier lugar o circunstancia,
frenos que se niegan a desacelerar la marcha
del bólido y más bien generan olor a llanta
quemada
mientras la velocidad crucero se mantiene inalterada.
Tras varios meses de tira y afloja en este romance con muerte anunciada,
Seda la pone en venta
en su cuenta
de Mercado Libre, fantaseando comprarse una nueva con lo que le den por ella, más un poco más. Meses pasan entretenidos en

otros asuntos, nadie inquiere o se interesa por su publicación de Aurorita plegable fotografiada en anónimo pasillo del montón, entre ascensores y escalera, luz de emergencia vela.
Varias veces modifica Seda
la descripción
de la publicación,
su título, hasta llegar a "SÚPER OFERTA, RECONTRA OPORTUNIDAD MAL",
tras lo cual
pierde el interés,
no sin antes agregar nuevos ángulos tentadores de su ex compañera adorada, mejorando el encuadre, retratándola en otros escenarios (el comedor) o con otros fondos (el sillón, la cama).
Cuando no está en un shooting, Aurorita descansa mal encajada en el lavaderito junto a la cocina, domicilio natural del lavarropas que Seda aún no ha podido procurarse, ni siquiera de segunda mano. De solo pensar la necesaria arreada del mamotreto siete pisos por escalera prefiere volver cada semana a casa de la señora, que la bienviene y le presta instalaciones de lavado y centrifugado, le libera la soga del balcón para que tienda al aire libre, así la ropita no agarra olor a humedad. Seda en general la deja colgada en el balcón
y se lleva la de la tanda anterior en un bolsón
reciclable de Carrefour. Salvo que se cruce con Blixa, en cuyo caso se toman un café, charlan un rato de Iro (deporte nacional), de sus respectivos trabajos. Cosas concretas, fácticas: ya ninguna sueña con irse a vivir a ningún lado ni ser olimpiónica de disciplina alguna, más bien cuentan días faltantes hasta el próximo feriado.

La antigüedad de Seda como cargafacturas, mínima, le habilita cinco días hábiles de vacaciones al año, que saborea con antelación
y fruición
demencial. La proyección
es por lejos la parte mejor de las vacaciones, lento
paladeo
placentero de
porvenir que rota sobre sí mismo como pollo allo spiedo. Llegada la semana en cuestión, se evapora en un batir de pestaña: suspiro es.
Intelectos más ágiles o despiertos que el de Seda se aplican a la cotidiana multiplicación
de momentos cuarto propio llegando tarde a repetición,
tomándose francos no declarados, pasando parte de enferma el viernes siempre que el lunes haya feriado, faltando sin aviso pero con justificación posterior, murió mi abuela la otra, de manera de percudir el pesado año laboral con remansos de tranquilidad ociosa hasta volverlo una especie de red que atrapa y deja pasar, dependiendo de cómo se la mire.
Seda no, pobre, es medio tarada y no comprende el sistema en el que le toca vivir. Quiere que los días que se toma de vacación le correspondan, que la empresa se los reconozca. Es uno de los temas en los que no acuerda con sus compañeras pasillistas. Sus actitudes frente al fardo cotidiano de cargar facturas no podrían ser más opuestas. La hostilidad punk con que Beba Molotov y Fanny Crisis de Tinayre enfrentan la multifacética laboral
compone cuadro aspiracional

para Seda, que no logra escapar del yugo de la obediencia y sufre muy mucho su propia borreguez "natural". Comenta el hecho por teléfono con Iro, que percude su participación dialoguista de ajás, no porque la entienda o comparta sus posturas o puntos de vista, sino porque la puso en speaker y se fue a hacer "cosas" al baño. A Seda el efecto terapéutico de la bajada a palabra le funciona aun sin escucha verdadera,
le alcanza con abandonarse en brazos de la logorrea
e Iro lo sabe porque Iro sabe todo.

Frustrada por la alevosa falta de interés de las usuarias de Mercado Libre respecto de su bici chocada (dato inconfesado en la mentirosa publicación de oportunidad inmejorable única no te la podés perder), Seda se da al trabajo de encajarle la Aurorita a alguien de su círculo íntimo o de influencia: Beba Molotov, Iro, Blixa. Pronto comprueba que nadie quiere una bicicleta resiliente
sobreviviente
de incidente
vial
(¿o no la vieron a Seda llegar
a trabajar
toda rota, tonta desorientada,
dolorida, mal peinada?).
Con lo cual
una tarde-noche decide hacerse la boluda,
"olvidarla" en el garaje de tía de pronto viuda
y más nunca referirse a ella ni volverla a buscar. Abandonarla ahí y listo el rollo, al fin: soluciones,

no opiniones.
Pies vuelven a ser medio de locomoción principal cuando se fija bien en lo que cuesta bici nueva.
Además está su situación de habitanta de séptimo piso de pajarera superpoblada, subir la bici en el ascensor es posible solo si encabritada, incómodo expediente, Seda persigue ahora algo de quietud.

En eso anda, chocha fanática de los tutoriales de repostería, cuando estalla nueva crisis: se rumorea reducción de personal,
seguida de pago salarial
fuera de término y aguinaldo en cuotas.
El pasillo se alborota,
se comentan cosas
pasmosas:
el horror. Seda carga facturas como si no hubiera un mañana, cabeza gacha pesada de concentración, toda ella convertida en furiosa apnea de hiperproductividad. Tras carrada de horas iguales a sí mismas, de Seda inmóvil como atornillada a su silla, da raro verla levantarse, ir hasta la oficina del jefe que le hizo seña. Vuelve pálida momia, recoge su mochila, el termo y sus cositas, ojo que titila como semáforo que no va bien, con hilo de voz les anuncia a sus compañeras pasillistas, que aguantan la respiración
porque imaginan lo que viene a continuación:
estoy echada.



Siguen días que se arrastran en desorden. Encerrada en sí misma, Seda se deja ir a la deriva como bâteau ivre. Evita todo contacto con otras seres, no quiere ver a nadie, menos hablar. Silencia el celu, retrasa la confesión de su desgracia en el núcleo familiar, abandona un poco las costumbres de burguesita pudorosa –bañarse, ¿para qué?–, se externa apenas para comprar pan lactal, fiambre, mayonesa. Sorbe mate en cantidades industriales. Mira el pañuelito de cielo que entra por la ventana del comedor de pie, el termo encajado en la axila, ya con alguna pelambre por falta de poda, la frente contra el vidrio, languidece. No toma decisiones, ni trascendentales ni pedestres, no se adelanta a los hechos: se abandona. Es en presente, disfruta de los últimos días de beneficios garantizados por haber pertenecido a hashtag orgullosamente clase trabajadora: Internet, luz, agua caliente. Apolilla.

Dicemimarido llama puntual, como cada inicio de mes. Seda, que estaba en cualquiera, de pronto despierta. Balbuceante y contrita explica
que le ha surgido una dificultad, tiene un "tema". Nada podría interesarle menos a la apática voz de Dicemimarido, que aclara su

función: yo coordino cobros, nada más, y la manda a hablar con Mimarido, le dicta su número, ¿anotaste?
Tras larguísima llorada de carta, arrodillada sumisa, Seda pacta su salida del departamento para mes siguiente.
Obviamente
Mimarido se quedará con mes de depósito y garantía, debido a la escandalosa falta de preaviso, ¿qué se cree la cararrota esta, que es fácil conseguir inquilina hoy en día, con la malaria que hay? Como bonus, para partir en buenos términos, Seda acepta la "sugerencia" de pasar manito de pintura a los ambientes, "refrescarlos". Evita así el desembolso de nuevos importantes importes para alcanzar los estándares (altísimos) de satisfacción propietaria. La Operación Lavado de Cara debe realizarse una vez que los 33 mts. cuadrados estén vacíos. Asimismo, debe enviarle a Mimarido foto de las facturas de servicios pagadas sin deudas y al día, lo mismo con las expensas consorciales. Cumplida esta serie de condiciones, entrega la llave y cada una es libre de seguir su camino
por donde vino
en paz.

Para finiquitar los trámites de desvinculación, Seda vuelve una última vez a la empresa. Convertida en turista, el mismo vigilador que la saludó todas las mañanas durante dos años le pide número de dni y foto para dejarla pasar.
Se somete Seda sin chistar
–le parece lógico– al áspero tratamiento reservado para quienes no pertenecen al mundo cargafacturas, ansiosa de dejar atrás ese período de su vida, encerrado en un paréntesis. A último

momento sin embargo le dan ganas de saludar a ex compañeras pasillistas. Las encuentra cargando facturas, compartiendo mate como todas las mañanas, como siempre. Habitan un tiempo detenido que Seda supo hacer propio sin grandes esfuerzos. Sobre la superficie del último escritorio, que fuera "suyo", se acumula ahora pequeña galaxia de plantitas y objetos decorativos
reñidos
con cualquier tipo de canon artístico, extensión de la vía láctea que acomoda el de Fanny Crisis de Tinayre, cuya capacidad expansiva, como queda demostrado, carece de límite.
La reciben con efusiva algarabía, quieren saber de ella y cómo está y qué planes tiene de ahí en más, palmaria demostración del aburrimiento comatoso en el que las sumen las tareas propias de su descripción laboral. Seda comenta volentieri
sus infortunios con detallismo abbondanzieri,
lo cual da pie a lamentación conjunta a grandes voces, nada hay en el mundo más dichoso que la queja compartida y el reputeo (justificado) de Mimarido y Dicemimarido, quiera esta que llaman por ahí Fortuna, mujer borracha y antojadiza, y sobre todo ciega, que no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba ni a quién ensalza, hacerlos espichar
al cruzar
la calle o comprando yogurt descremado en el argenchino. La incertidumbre que atenaza el futuro inmediato de Seda resulta inocultable,
no sabe cómo seguir ni hacia dónde. Lo más probable
es que le pida asilo a tía de pronto viuda por unos meses. No posee gran cantidad de muebles, pero tampoco puede

llenarle la casa de bártulos a la vieja, de manera que está armando whatsapp con ítems para rematar en venta de jardín sin jardín, lujo inimaginable para una boedense de ley como es ella. Si la pueden ayudar reenviando, buenísimo.

Conmovida con la mala pata de Seda, Fanny Crisis de Tinayre compromete
su ayuda en lo que haga falta para superar el brete,
y así termina,
rodillo en mano, entreverada en sabática jornada findemesina dedicada a refrescar la pintura de las habitaciones de Mimarido. También Iro
y Blixa se encuentran presentes, la primera enfundada en guardapolvo del secundario, la segunda disfrazada de ir al gimnasio. Seda llega última, varios tachos
de pintura colgando de las manos, comprados en pinturería "NOS VAMOS TODO AL COSTO LIQUIDACIÓN FINAL". Se proponen terminar
lo antes posible, razón por la cual absurdo tomarse el trabajo de enmascarar
el piso con papel de diario por si las gotas. Más bien, uno de los celus abre Spotify en su versión gratuita, sintoniza lista de cumbia cualquiera. Primeros acordes del keytar marcan arranque de una tribu de pinceles y rodillos que danza en todas direcciones con alegría encendida por el ritmo contagioso
prodigioso
nada soso,
imposible resistirse: al final, pintar era re papa. Mandan el brochazo

blanco directo de la lata a la pared, sin entonador ni adherente, sin lijar o enduir, sin yeso ni fijador. No exhiben técnica encomiable las derivas refrescantes, son como brazadas
de ahogadas
que dan en la superficie de las paredes, testigas lívidas de la escena que se desarrolla en ese pequeño interior
de comedor.
Por suerte la cocina se arropa con azulejo hasta el metro ochenta, lo cual la exime del lavado
de cara performado
con living, habitación
y baño (hongos en el techo). Tomadas por la excitación propia de probar algo nuevo, las sacerdotisas reparten en éxtasis látex blanco con alegría y bastante mala praxis. Se afanan sobre todo en el rectángulo imaginario que se proyecta entre cuello y rodillas, despreocupadas de lo que suceda más allá de esos escuetos límites.
Pronto resulta evidente que Seda fue rehén de una como timidez al hacer el cálculo de cuánta pintura era necesaria para cubrir las paredes del departamento, módico y todo como es. Eso, o no sabe las tablas de multiplicar. Cuestión que sin tener el comedor listo, los tachos son apenas fondito líquido muy sobre el final. Esta inesperada escasez no inmuta a Iro, que se traslada con las latas hasta el baño, usa la canilla de la bañadera para llenarlas hasta el tope y vuelve, goteando todo como una reina, haciéndole curtir al parquet una onda 101 dálmatas (dio paja enmascararlo, así que ahora ALGUIEN va a tener que tomarse el trabajingui de limpiarlo, una vez que la acción pictórica se dé por concluida). Dejan

para más tarde esta preocupación, que vuelve a tocar superficie con Fanny Crisis y Blixa idas a picotear algo al Spiagge di Napoli, muertas de hambre con tanta frenética actividad, Iro entretenida en chuparle la Internet a vecina falta de precaución y Seda disfrazada de activista árabe, media cara cubierta con el guardapolvo de la susodicha anudado en la nuca, encaramada sobre el bidet pasando lavandina con un trapo para quitar los hongos culpa de la mala ventilación que tiene ese baño del culo desde que la ventanita al mundo exterior se necrotizó en posición de clausura. Trapo que usará a continuación para deshacer el Yayoi Kusama que quedó en el parquet tras la jornada de algarabía pictórica.
Pisando ya la noche, Seda e Iro abandonan para siempre el pequeño mundo de Mimarido, persianas bajas y ventanas abiertas (las que consienten) atentas a que la pestilencia a pintura y lavandina, estela de tanto loco afán, contamine también el mundo exterior, percudido de vecinas mayormente detestadas. La cosa sana.

Seda se muda
a casa de tía de pronto viuda,
en Boedo del otro lado de la autopista, con lo poco que tiene o le queda.
Siente que se repliega
a terreno neutral, más allá del ojo censor de las señoras, bastante disgustadas con la mala nueva, sobre todo "en un momento como este" (¿"como este" cómo, qué tiene de particular, no estamos siempre en la misma?). Volver chicle la platita de la indemnización y conseguir que dure en el tiempo. Nuevo trabajo es la única opción para no devenir lumpen. No caer en la de Iro, que vive

saltando de changa en changa, todas sus capacidades psíquicofí-
sicas y su IQ sobrehumano puesto al servicio de descubrir cómo
trabajar lo mínimo indispensable, por temporadas breves, duran-
te el verano, cubriendo licencias, sin contrato ni cuenta bancaria
ni obra social ni vacaciones pagas ni ninguna de las conquistas
peronistas
porque Iro no es orgullosamente clase trabajadora. Iro es lumpen
acomodada, oda al rebusque, vivir al día pero con medios. Tiene
ayuda. Una vez al mes la señora se aparece por Parque Chacabuco
con el changuito hasta las tetas de alimentos, en su mayoría no pere-
cederos. A veces en el envío hay también pasta de dientes, shampoo,
repasadores, sacacorchos: cualquier cosa que la señora sindique de
vital para la supervivencia de su hija menor. Descarga sus tesoros
sobre la micromesada de la micrococina y toma asiento en una de
las dos sillas que hay en el microambiente para pasar al interroga-
torio de rigor acerca de las aristas que presenta la situación actual
de su hija la menor, introito de angustioso tirarse (simbólico) de
los pelos por culpa de la "suerte maldita" que parece perseguir con
inquina a su vástaga más chica. Más allá del impecable uso de la
retórica y el –en cambio– desganado intento de captatio benevo-
lentiae que siempre inauguran estos discursos, la señora un poco
también culpa a Iro del estado de cosas, muy reprobable desde su
punto de vista. Primero con timidez y luego, a medida que carretea
y agarra confianza, de forma cada vez más frontal, hasta terminar a
los gritos, golpeando la mesa con el puño cerrado porque no puede
ser que una persona inteligente y capaz, con estudios y un idioma
(inglés en ICANA), se conforme con vivir como una menesterosa,
¡¿no le da vergüenza?! ¡¿PERO A QUIÉN SALIÓ?!

Atestiguar el desquicio impotente de la señora es uno de los placeres culpables de su hija, que jamás deja de comentar el arranque con Seda, pelos y señales ornan el racconto, en un intento de que la mayor entrene su "dejar ir" y logre que lo que las demás piensen de ella le chupe el upite. "Es cuestión de práctica, ¿me captás lo que te quiero decir?", le asegura justo antes de proferir grito desgarrador porque acaba de entrever pedazo ENORME, 400 grs. por lo menos, de reggianito estacionado entre las cositas aportadas por la señora en su última incursión a las indias ranqueles de Parque Chacabuco.

Algunas pocas pertenencias de Seda –ollas, algo de ropa, una silla– terminan en el microdepartamento de Iro, que acepta asilarlas a regañadientes hasta que sea momento de devolvérselas. No es mala voluntad, es que con todo y baño habita un rectangulito de dieciocho metros cuadrados. Junto al ventanal, la zona "dormitorio" se encuentra algo elevada respecto del resto del ambiente, al cabo de tres escalones. ¿Dónde querés que lo meta, nena? Decime vos.

Contra todo pronóstico, Seda y tía de pronto viuda no se llevan. Es un descubrimiento que las deja muy sorpresa a las dos. Ambas ansían que la convivencia funcione, pero no hay caso. Animosidad arranca por la comida.

Seda compra cosas que tía

de pronto viuda no quiere a su alrededor. Alcoholes. O budines,

fruta seca o abrillantada

para colmo glaseada,

arroz con leche, puro azúcar y canela, cosas que le tientan la

glotonería, la invitan al desmán, anulando o sobreescribiendo su rígido control psíquico de la cuerpa rebelde, perseguidora del placer, en fin: cosas que ella no quiere dando vueltas por su cocina. Por favor te pido basta. Y en seguida la incomprensión
se manifiesta con signo de interrogación:
¿Por qué no te cuidás? ¿Por qué esta manía de autoboicotearte? ¿De dónde te sale este empeño en afearte?
A pulso, fuerza sobrehumana en silente movimiento interior, Seda permanece impávida cuando sobrevienen estos careos espontáneos, rojo pancora los cachetes, sonrisa culposa, la mirada en el piso. Siente removerse adentro suyo un algo poderoso que pugna por salir pero lo domina porque liberarlo sería estallar en pedazos, abandonar para siempre la única versión de sí misma que conoce. Quisiera llorar. Llorar y gritarle a tía de pronto viuda que la deje en paz, fea será ella, vieja de mierda. En lugar de eso, se acerca como una autómata a la canilla, se sirve un vaso de agua. En el departamento de Mimarido había filtro y el sabor,
la verdad, era mejor.
Recuerda Seda googlear y descubrir que se trata de un ítem casi barato, lo que cuesta pasta, postre y bebida para una
en Spiagge di Napoli. No se lo comenta a tía de pronto viuda,
la tildaría de extravagante. Actúa Seda entendimiento, mirá si vamos a estar
para gastar
en semejante pelotudez,
sofoca todo lo que piensa y cree, todo lo que es,
en definitiva, para alargar al máximo esa convivencia disfrazada de armónica solo en la superficie. Se amolda. Se acomoda. Intenta no

ocupar espacio u ocupar el menor posible, trata de pasar desapercibida, de no ser vista, de que su presencia no deje rastros. Todo lo cual le desarregla el humor al punto de convertirla en una ser huraña, retraída, cabizbaja y meditabunda. Lo cual, obvio, será a su vez notado por tía de pronto viuda, que querrá saber
qué tiene o le pasa, ¿por qué siempre con cara de culo, mijita? Círculo vicioso del cual no sabe cómo escapar.
Amargada
intoxicada
de tristeza desinflada,
Seda pasa las horas que no invierte en alcanzar su cv a recepciones de empresas con departamentos de cargafacturas
en caso de hipotética búsqueda futura
de aplicada
empleada
comprometida y responsable (o sea, obediente, alérgica al conflicto), tratando de huir de tía de pronto viuda y su ojo de Sauron, atrincherada en su habitación
sita en el primer piso de la casa, observando el goteo vehicular que circula por avenida Garay.
–¿Estuviste cocinando, mamucha, qué te preparaste de rico? No quiero, no quiero, solo preguntaba por saber, viste cómo soy yo, re curiosa. Ahora: qué tarde almorzás, para mí tenés el metabolismo desarreglado, gordi, ¿no se te ocurrió hacer consulta con alguna especialista?
¿No te llevó tu mami a ver a una nutricionista?
Como para ver qué te dicen, por ahí te sirve ordenarte con las comidas y eso. Bajar unos kilitos, ponerte linda. Tal vez te ayuda.

Tía de pronto viuda
es como una garrapata o tribu de piojos de dificilísima erradicación. Fuerza censora que se abalanza, que se da maña para dominar el mundo sensible, que no respeta ni sabe lo que es el espacio personal, la diferencia, la otredad, que surge de cada rincón y a cada paso para cubrirlo todo con su oscuridad uniforme: la norma, lo "normal".
En manos de las acotadas potencias de su exangüe instinto de conservación, Seda deviene perpetuo encogerse de hombros, sonrisa muda, mirada al piso. Versión de su ser en cautiverio. Silencio apático no conforma a tía de pronto viuda, ¿para eso viniste a vivir conmigo? ¡Apenas decís una palabra, nena! ¡Era más divertido antes! Al menos de vez en cuando charlábamos, nos reíamos.

El vaso rebalsa por culpa de la wifi, o más bien de su falta. Seda no sabe lo que es vivir sin Internet, a poco de desembarcar
siente
síntomas de
síndrome de
abstinencia.
Revienta el plan de su celular hasta que junta coraje y le propone a tía de pronto viuda contratar alguno de los servicios disponibles en la zona: sería más barato y ambas podrían beneficiarse de vivir conectadas.
Tía de pronto viuda no quiere saber nada.
Se niega rotunda
y abunda
que no le vengan con "cosas raras",

gracias que tiene teléfono de línea y televisión con cable. Con eso basta y alcanza. Pían y aflojan. Lagrimea Seda, al fin pregunta: "¿Pero por qué, por qué?". Tía de pronto viuda no recula. Inflexible, la mira subir la escalera derrotada. Arrastrar las pantuflas.
Seda le llora a Iro
por teléfono, le suplica asilo.
Se le nota en la voz que no puede más. No le quedan ases en la manga. Con claridad científica, Iro le explica que quince metros no bastan para el normal desarrollo de la vida cotidiana de dos seres, le recomienda por lo tanto que empaquete a tía de pronto viuda con moño de regalo y se la entregue en bandeja de plata a surtido de tíos, que aguardan salivando en círculo el ataque definitivo, el triunfo final de los lobos. Siente Seda que desfallece: sería bajeza tan sin nombre que se cree incapaz de caer en la definición
misma de la traición.
–Tía de pronto viuda
se ha convertido en pelotuda
–suspiro
de Iro
concluye su técnico razonamiento–, es natural que te defiendas. ¿O preferís sucumbir? ¿Cuánto más pensás aguantar esta tortura?
Y entonces una mañana cualquiera Seda cómoda de entrecasa, jogging y guillerminas –lo primero que encontró para salir al argenchino a por víveres ilegalizados (azúcares en todas sus formas)–, el ojo de tía de pronto viuda comenta lo estrambótico de la combinación y aprovecha para extenderse sobre la dificultad que Seda encuentra para ser recontratada como cargafacturas: no presentás muy bien qué digamos, amora, lo que se dice buena

presencia, no tenés, ¿por qué no te cuidás?
¿Por qué te empeñás
en ser fea?
El agua que Seda todo este tiempo sintió al cuello de pronto se retira.
Baja,
baja,
baja
obediente aspirada por fuerza increíble que la retrae de manera casi mágica. Al volver Seda la cabeza, ve muralla líquida, alta como un edificio de la City, alta como la pared de una represa, que cubre los rayos del sol: es un tsunami y
ya
está
acá.
–¿Sabés que estuve pensando, pa,
que la idea del hostel no es mala? Si ponemos la Internet, yo podría ocuparme de todo, subirlo a Airbnb, Google, donde sea. Para mí podría ser un trabajo, ¿qué decís, querés hablarlo con los tíos a ver qué les parece?

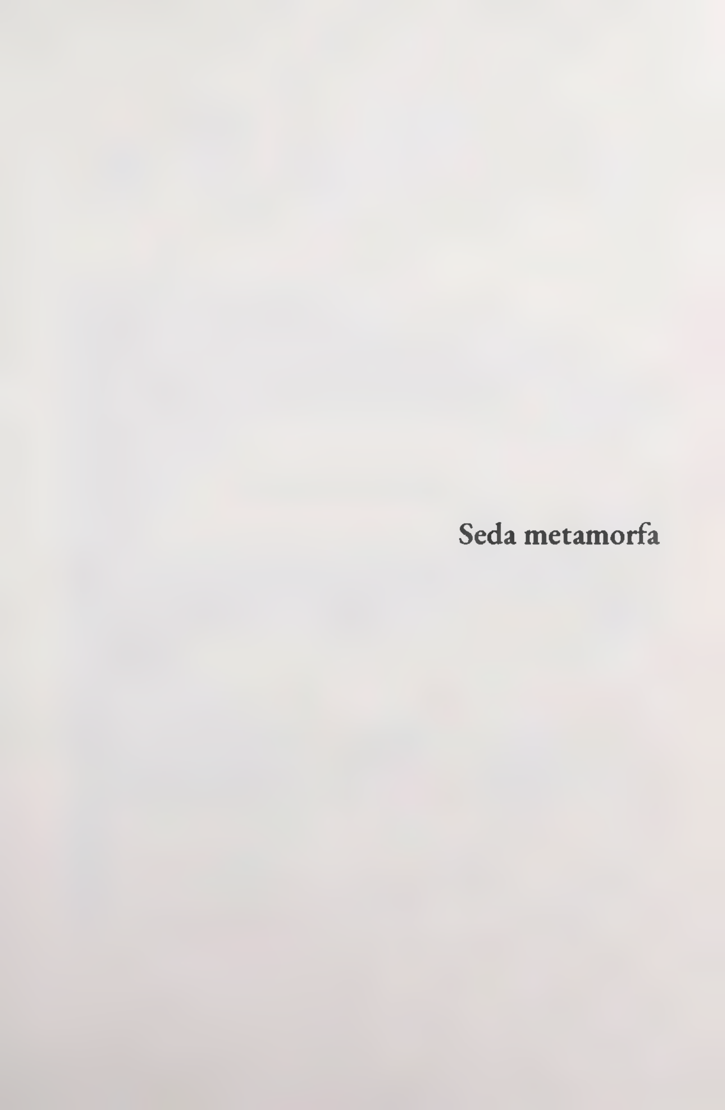
Mañana siguiente, tras un sueño intranquilo, Seda despierta convertida en un monstruoso insecto. Es lo que piensa apenas incorporada
al verse reflejada
en la puerta abierta del armario. De arriba abajo: pajonal reseco en la cabeza, por ojos dos ranuras,
cuerpa sin cintura:

de giganta petisa. Es en verdad algo formidable de ver. Y lo hace como es
por primera vez,
ocupando espacio.
Por costumbre, al principio siente rechazo
de quien de frente la mira. Lo que el espejo devuelve no corresponde al escueto ámbito de lo deseable: no es bello, no es fino, no es terso, no es firme. Las palabras a disposición
para describir tan terrible situación
o espectáculo pertenecen al reino de lo puaj, todas cosas que Seda –para protegerse o no dañarse– elegía
no pensar no decir quedando reducida
a ente sin vida,
sin sustancia,
especie de malograda vagancia,
idea incorpórea. Se veía
pero no se veía.
Así se había
enseñado a vivir.

Una mañana como todas, si no fuera porque algo clic: entra en su quicio, acomodando ideas. Algo clic, inesperado: y de pronto Seda ve, reconoce sus tetas fabulosas, algo clic y aparecen frente a ella muslos fuertes, tracción 4x4, hoyuelos en vía láctea cada vez que aprieta nalga o estira las rodillas. Algo clic sus pies firmes casi sin arco, incompatibles con el concepto mismo del taco. Algo clic las estrías en su panza, paréntesis alrededor de su ombligo.
Algo clic: su pelo hirsuto más parecido

a la paja de las escobas que a cascada pelosa con efecto Sedal. Su no cintura completa su todo incorrecto, indeseado, invisible por falta o imposibilidad de representación. Y la idea que se forma en su cabeza al verse por primera vez
tal como es
mucho tiempo después
de haber nacido es:
que la belleza es un patrón de medida, como los años luz, que indica la distancia que separa una humanidad posible de las formas útiles para la venta de mercancías. Viéndose en toda su cabal extensión,
aprehendiendo sus contornos más allá de cualquier idealización,
Seda choca de frente con segunda concepción,
que le confiere novedosa sensación
de libertad: ser bella no es obligación.

Y tres: es un trabajo.



Seda metamorfa

Con el hostel a medio arrancar,
en beligerancia abierta o franca (imposible de ocultar)
con tía de pronto viuda, no tarda en estallar
aislamiento social preventivo y obligatorio debido a virus de nombre Covid
especie de David
que apedrea
en marea
al gigante confuso que es la Humanidad. Se cierran las fronteras nacionales, se prohíbe la circulación intestina. Quedate en casa send. El mundo se aísla, se refocila sobre sí mismo. Novedoso distrito bautizado Área Metropolitana de Buenos Aires (o AMBA, para acortar)
nace para saturar
noticiosos en calidad de aguantadero de leprosas, zona roja en la que el contagio es solo cuestión de tiempo. El gobernador de La Pampa pone palabritas al état d'esprit de toda una nación: "A la Argentina que trabaja le sobran muchas porteñas". La vida se vuelve
chata
chica
chota.

Monótona. Aprovisionamiento de víveres es la única actividad permitida, se trabaja en el hogar. Salvo para las esenciales, que tienen permiso, la circulación no autorizada
se paga
con salada
pena monetaria, hasta con cárcel. Hiperactiva por tanta necesidad de cuidado societario, policía reclama
en cuestión de semanas
fulgurante protagonismo soltando la rienda de lo que mejor sabe y le sale: pisotear derechos humanos. Desaparece así a joven bahiense, ahorca a puntana detenida en comisaría de San Luis, tortura preventivamente a familia qom por considerar a sus integrantes indias mugrientas transmisoras del virus, se entiende por lo tanto la necesidad de ejemplificar
a fin de aclarar
de quién es el país. Nada tiene ni nadie ofrece demasiada explicación. Se sabe: estamos investigando. Enfermeras de todas las provincias son hostigadas al volver al hogar por vecinas adictas a los chimenti-noticiarios en canales de aire. Mulier mulieris lupa: no queremos el virus cerca. Estalla revuelta en Devoto: las presas piden condiciones humanitarias de reclusión, se niegan a morir de Covid. Inexacta a propósito en su cobertura, la televisión habla de "motín".
Quince millones de seres infectadas, más de medio millón de muertas en el mundo por culpa de un pangolín flojo de anticuerpas, bicho que Seda no ha visto en su vida pero que se le hace una subespecie de armadillo. Ahora que finalmente ha instalado cincuenta megas wifi en casa de tía de pronto viuda sigue con

atención pochoclera las derivas estadísticas de la pandemia, relevadas por el Ministerio de Salud en su informe cotidiano, retuiteado real time por importante periodista de Ciencia/Salud con paciencia sobrehumana y coquetos emoticones hasta que cae, ella también, víctima del virus.
Como se ve, contexto obtura eclipse total
cualquier iniciativa vital
que Seda hubiera podido tener pre pangolín. Los días amanecen nublados y fríos, todo el tiempo es espera. Resulta poco claro de qué. Gobierno lanza paquete de medidas paravalancha contra la malaria social que genera el stop en la economía, entre ellas el Ingreso Familiar de Emergencia, manguitos para tirar
hasta que la cosa vuelva a andar.
Seda obvio se anota pues desempleada. Ya sin su cuenta sueldo, lo cobra en el Correo Argentino de Caseros y Jujuy, donde se transmuta durante par de horas en colista de vereda, amuchada junto a las demás como lemmings dispuestas para el viaje final. No se le pasa a Seda por la cabeza que también ella podría caer enferma ni teme en ningún momento por su integridad física. Se siente bien, fuerte.

Aburrida de días que aparentan iguales, en su superficie al menos, de estar adentro y dedicar
vida entera a evitar
a tía de pronto viuda, su nueva peor enemiga mortal. Desde la demostración de poder que significó la convocación de aquelarre de hermanos pro hostelización de la casa, tía de pronto viuda la odia como detesta a las hormigas: alimentando contraataque

permanente para erradicarlas por fin de lo que considera "mi mundo".
Se esquivan como si fueran la encarnación de la lepra, pero si llegan a cruzarse –mal cálculo o descuido– raudas visten careta de civilidad, tanto que no cambiamos dos palabras, parece increíble cómo se llena el día de nada. Seda sabe bien que tía de pronto viuda organiza vamos a volver en la oscuridad de su cuarto, en sus horas aciagas. Y un poco teme la represalia, que intuye terrible.

Al principio del Aislamiento Social Preventivo Obligatorio (ASPO), Seda toma la cuarentena grondonísticamente desde una perspectiva todo pasa. Dedica el día a sacar y subir fotos de la casa y alrededores a distintas plataformas digitales para cuando retorne normalidad.
No entrega ni un minuto a sopesar posibilidad
de que normalidad
haya fenecido y que quien aparezca sea nueva normalidad.
Usa el inglés del que dispone, rudimento puro, para describir Boedo, sus beneficios habitacionales, la oportunidad única de disfrutar ambiente de égloga a veinte minutos del centro político de la ciudad. Un poco miente, como se ve, para atractivizar lo que no es sino decantación del arrabal borgeano: calles anchas bastante baldías, casas bajas, hierbajos crecidos entre baldosas, señoras muy entradas en la cuarta edad atornilladas a sus banquitos plegables en las puertas de entrada, desde donde ven pasar el espectáculo de la vida como hongos de sotobosque, mate en la mano, termo en los pies.

Luego toda actividad cesa. No se ve el final de la cuarentena ni hacia adónde está yendo el mundo. El enfrentamiento con tía de pronto viuda recrudece. No se doblega
Seda
ante los ataques de su contendiente,
a todas horas se dedican mutuas frases hirientes
con apariencia de interés preocupado:
–Estás durmiendo mal, ¿no? Qué cara, mamina.
–Muy apretada te queda la ropa, ¿lavaste con agua caliente?
–Esta cuarentena te agregó diez años, che, ¡cuántas arrugas! El cutis a la miseria tenés.
–Higiene mínima te pido, quise usar el baño y había un olor.
Entreveradas en exigente ping-pong de pasiva agresividad pasan el tiempo, Seda atrincherada en el primer piso, la otra apolillando en planta baja. Cortan relaciones nivel Seda
no se entera
pero, instalado el módem wifi, tía de pronto viuda abre cuenta de Facebook gracias a misteriosa aparición de una laptop proveniente de origen oscuro incognoscible. Selfie mal encuadrada en el patio, hermosas plantitas en derredor, usa tía de pronto viuda como foto de perfil. Ni rayito de sol pegándole de punta le arregla el estropicio de una genética que no colabora, piensa Seda con maldad una vez pasado el sobresalto que le produce el algoritmo al proponérsela como persona que tal vez conozca.
Cada vez que se cruzan en la cocina se rehúyen como cucarachas ante súbita luz. Se abastecen por separado
en el argenchino de al lado
de acuerdo a las posibilidades de cada billetera y a sus gustos

personales. Comen a horas dispares, intentando jamás coincidir. Tía de pronto viuda organiza su ingesta calórica de acuerdo a los preceptos sacros del Dr. Mozzi, gurú salutista y frontman de contraintuitiva dieta basada en los grupos sanguíneos, que descubre al acaso gracias a las artes oscuras de su nuevo amigo Facebook. Se prohíbe la fruta en general y los cítricos en particular (para evitar dolores reumáticos), el tomate = veneno. No solo le cree a Mozzi, su manera tranquila
de exponer a cámara complejas derivas
conclusivas
le resulta agradable al ojo. Vez que lo pesca en algún videíto, se engancha a mirarlo hasta el final, se llena las horas de Mozzi y sus magníficos conceptos nutricionales que muy enseguidamente pone en acto al hacer las compras. Desde esa erudición reciente
desprecia profundamente
a Seda, ignorante incluso de su grupo sanguíneo (¿podés creer?) y a quien cualquier dieta le parece gran cagada y esta en especial porque la fruta es una de las bases de su alimentación
(junto con los ultraprocesados de cualquier variedad y presentación).
La comprensión
que tía de pronto viuda tiene de Facebook (su funcionamiento, lo que Facebook es) resulta rudimentaria en un buen día, inexistente
en uno normal
y equivocado
en uno inspirado,
con lo cual
su manejo de la red social

es cuasi nulo todo el tiempo. Hace más sin querer
sin saber
cómo de lo que opera como ejercicio voluntario. Seda aprovecha sus incapacitismo para stalkearla. Le sigue todos los movimientos, le lee los comentarios, lo que megustea, lo que comparte. Después usa esa información (tía de pronto viuda no entiende cómo es que le llega, no logra aprehender el hecho extraordinario de que todo Facebook es una plaza pública) en la guerra psicológica cotidiana. Hasta que cae enferma.

Arranca sintiéndose engripada floja. Sin ganas de levantarse de la cama ni comer
ni hacer.
Queda bella
durmiente en el primer piso. Nadie la llama ni se preocupa por ella o su destino. Al segundo día, sin embargo, Iro empieza a sospechar que algo no anda, se comunica con tía de pronto viuda
para que suba
a averiguar qué es, qué pasa. La encuentra tipo elefante abatido de costado, amatambrada entre las sábanas, debajo de todas las frazadas disponibles, volando de fiebre. Algo ancestral se apropia de tía de pronto viuda al verla tan panty con agujeros, en automático se le enciende el motorcito del cuidado. Seda regresiona a niña indefensa sin voz ni voto, enajenada de su derecho humano a decidir qué hacer consigo misma, con su cuerpa que yace silente. Tía de pronto viuda llena el aire compartido con catarata logorreica que versa sobre cuánta razón tenía ella acerca de todo y el mundo, en general. Seda la escucha en puntos suspensivos,

de a ratos se apaga,
de a otros se enciende. Chocha como estaba
haciendo de dueña del boliche, tía de pronto viuda no repara
en que anduvo manipulando enfermita sin tapabocas ni guantes así nomás a pelo. Cuarenta y ocho horas le toma caer a ella también con síntomas de Covid. Por suerte, para entonces Seda anda un poco más operativa que días pasados. Se comunica con el Pami por teléfono, la guían por el vericueterío de acceso a una profesional de la Salud que seguirá el caso de tía de pronto viuda por videollamada. Días febriles se acumulan en el calendario de la cocina, aparece una tos. Seda cada vez se siente mejor, a pesar de un como cansancio o molimiento redivivo que no logra dejar atrás. Despierta sobre las diez y para las cinco de la tarde ya fantasea visionaje de película, guardada comodita
en camita.
Tía de pronto viuda desmejora, deja de comer. Seda informa con detalle a familia preocupacionada que sugiere vías de acción sin salir del hogar respectivo de cada una pues ASPO. La médica que sigue su caso mensajea todos los días para saber cómo amaneció pero en realidad lo único que le importa es si está saliendo de la casa (no). Aislamiento estricto: se lo aclara en repeat como si tuviera roto el salto al siguiente tema. Las compras las hacen por delivery en los mismos negocios que frecuentaban cuando eran páparas libres. Ahora, a veces alguna cosa la comparten.
Hasta que ambulancia se detiene frente a la puerta de calle y dos seres salidas de ET escena cúlmine ingresan, empaquetan a tía de pronto viuda y se la llevan con rumbo no del todo conocido a enchufarla a un respirador industria nacional. Nadie debe

acompañarla ni sabrá de ella hasta que se recupere, si es que sale.
Seda
queda
en la casa, desorientada confusa, ¿significa esto que va a morir?

Durante los quince días que dura la internación bastante incomunicada de tía de pronto viuda, Seda desenrolla pacífica existencia de mamífero tranquilo:
videollama a Iro
para que la instruccione en el camino
hacia una buena tortilla, mira películas, pasa tardes enteras en Instagram. Le exige al mango contorsión de acróbata, lo estira un indecible pero aun así su dieta no sale de permutaciones de arroz Doble Carolina y polenta. Desespera en Twitter, busco trabajo ayudame con un retuit. Tiene pocas seguidoras y de las berretas se ve porque ninguna se apiada de ella, su situación.
El tiempo se arrastra. La ducha cotidiana deja de tener sentido, la abandona. Pasa a circular por la vida en joggineta, media raya de ogt más allá de los esfuerzos de la contención elástica. El fresco otoño-invernal en las lomas contrapuntea el calentito manufacturado por las prendas de franela. En medio de este difícil panorama de lentitud y vacío, reconecta con las bondades de una vida más allá del ojo de Sauron, la inspección ajena, el eterno comentario censor, la distancia entre puntos de vista. El barullo de ser junto a otra muy distinta. Grita freedom frente al espejo enterizo del armario y apenas tía de pronto viuda retorna triunfante de su catábasis médico-farmacológica le presenta mochila explotada porque mudanza en puerta: me voy. Supervivientes ambas de Covid

se permiten matecito compartido (total, nadie nos ve, hombritos desafiantes suben y bajan), ofrenda de paz a pesar de toda el agua corrida bajo el puente, Seda le comparte su decisión de mudarse con Iro. Tía de pronto viuda no podría ser más feliz, lo esconde como puede. Le dice que probablemente sea para mejor, se despiden amigas. El hostel quedará para siempre como sueño interruptus de una noche de verano.

No lo sabe aún Iro pero en cosa de hora y media, dos, tendrá a Seda tocándole el timbre, a pesar de la cuarentena, la prohibición de circulación, el ASPO y la mar de noche. Actúa desoriente Iro, ¿quién sos, qué hacés acá?, la acusa de bomba biológica, vos lo que querés es contagiarme el virus, sos chota eh, pero al final baja los brazos: resistance is futile. Dejarla entrar
equivale a presenciar
la ceremonia de elongación de bolsa de dormir en el escueto territorio entre la bacha de la micrococina y su cama
junto a la ventana,
son ahora dos las que respiran en esa pecera de 18 mts. cuadrados. Caldo fenomenal para estallido ídem.
Sus inmovilidades acuarentenadas pronto se acompasan, a pesar de los deseos no muy ocultos de Iro, que gritonea un poco se queja ofuscada, ¡dios!, a ver si con eso fuerza a Seda a pensarlo mejor, a recular hacia el hogar materno. No le presta atención la recienvenida o no le otorga dramaticidad o le chupa la cajeta o presupone maremágnum subterráneo de entendimiento fundamental, cuestión: que cuando se charla se charla y cuando no, se enchufan. Ambas tienen notebook, celular inteligente, auriculares (artículo

de necesidad básica). Hacen vaquita para la compra de víveres, se turnan para salir, ecobolsa colgando del codo. Cocinan juntas y comen al mismo tiempo, charlan boludeces. Si una interrumpe quehacer para picotear, la otra se apersona ipso facto, muy ricos estos manicitos che, ¿los compraste en la naturista? La armonía les sale sin búsqueda ni esfuerzo, en contra de la voluntad de Iro, inconsulta ofendida. Encerrada en el microbaño, veces hay que
Seda
lagrimea
sobrepasada por el alivio de haber zafado de la doncella de hierro –fórmula con que refiere en peligroso vuelo poético la convivencia con tía de pronto viuda– y estar, por fin, más allá de todo daño.
Se siente libre y es un caño.
A sus anchas, pronto resulta evidente que Seda aumenta su tamaño a raíz de la picoteada general que se manda entre nutridas
comidas
abundantes. Está feliz, se siente bien por primera vez en mucho tiempo. Es de bocca buona y se deja ir, suelta la rienda sin recaudos, recriminaciones, apóstrofes o dicterios. Su cuerpa cambia y como en el microdepto no hay espejo enterizo, percibe al inicio esta metamorfosis en inesperado comportamiento de la ropa, una
como incómoda estrechez
o incomprensible tirantez
en lugares.
Remera aprieta bíceps y descubre ombligo, botón
de pantalón
confabulado contra el ingreso al ojal
su lugar natural.

De este tipo, varias. Percibe sus formas Seda sin conectar con el pavor al engorde de otras épocas. Observa sus piernas, fino tapiz de pelillos crecidos en cualquier dirección,
desorientación
consecuencia de décadas de depilación
con cera caliente en acción.
Salen para todos lados
olvidados
de orientación vocacional
o punto cardinal
que los guíe. Cubren su amplia superficie con ánimo de pelusa gentil. Pelitos que son la vanguardia de su ser en este mundo: topan con el exterior y traen de vuelta información
en forma de sensación
multiforme. Seda es capaz gracias a ellos de percibir cosas antes insospechadas con entrepiernas, pantorrillas, cuello, antesala del torbellino capilar con asiento en su regia cabeza, desde donde su ser se proyecta hacia el Universo con ansias de conquista. Fija Seda mirada en el hongo atómico que le devuelve el espejo del botiquín, se aprecia sin adjetivos: no se ve fea, ni gorda. Tampoco linda. Se ve como es, como un hecho incuestionable de la realidad sensible. Se autocorta las mechas con la única tijera que tienen, de librería. El resultado es objetable, desparejo sobre todo, y sin embargo: le gusta. Le llama la atención, tiene "algo" propio, específico que –cree– habla de ella. Pide a gritos consideración,
dice: acá estoy,
mirame.
Apenas interrumpe Iro lo que está haciendo cuando Seda sale del

microbaño a consultarle cómo le queda el nuevo look, qué piensa. Parodia sesión fotográfica o desfile de moda, avanza lo que puede con manos en cintura y pasitos de gallinita clueca, mirada revoleada todo alrededor. "Bien", responde escueta desinteresada
Iro, la mira apenas segundos, ocupada
en otras cosas no me interrumpas con boludeces te pido haceme ese favor. Su falta de reacción apuntala la confianza de Seda, que pasa a gastar lo que aún sobrevive de su indemnización en jogginetas de Mercado Libre pues hashtag harta de luchar con la idiota idiosincrasia de los putos jeans del orto y sus botones. Quiere estar cómoda, moverse con libertad, más nunca el amortajamiento de las uniformadas polleritas con que se apersonaba a la empresa a cargar facturas, encaramada en detestados mocasines taco bajo (obligatorios), fábrica de ampollas en dedos y talones. Pasado el mediodía, el disfraz de cargafactura
se volvía tortura
china porque la costura
de pollera y camisa activaba quita de colaboración con ruido de desgarro ante panza llena, lanzada a la conquista del espacio.

A través de Fanny Crisis de Tinayre, le llega
a Seda
dato de ex compañero cosecha 1950, por ahí, con urgente necesidad de señora de la limpieza para que le man-entre-tenga en condiciones a anciana madre. Seda
la considera
oportunidad buena
de hacerse de unos mangos, agarra viaje. Pactan con Iro que no

se les escape el dato ante las señoras, ni en conversación ocasional
ni en interrogatorio formal,
es un poco rebajarse, ahí como la ves
Seda es
universitario completo, pero al menos algo es
y Seda dice que sí, descontando que la ilegalidad de la propuesta (la cuarentena sigue en vigencia) se verá reflejada en paga generosa. Se apersona el día pactado en bicicleta
con su mejor joggineta,
coloridas zapatillas,
coloreadas sus mejillas
por el esfuerzo locomotivo. Sus pelos son la copa que corona su todo de orondo baobab.
Sonríe para indicar que la oportunidad
la pone feliz, pero no se nota
pues tapaboca.
Tras breve paseo por el escenario de operaciones, dos ambientes a contrafrente,
acuerda con ex compañero, muy dolido
por el despido
etcétera, periodicidad de tres veces por semana,
cuatro horas cada mañana.
El pago advendría al cabo del período de prueba, de un mes de duración, en billetes ensobrados (se mantiene la incógnita de cuántos, a Seda le da cosa interrumpir el envión
del varón
con pregunta tan prosaica). Sus responsabilidades serían: "estar un poco con mamá, para que no esté tanto sola" y "ocuparte de

que el depto no esté sucio, cocinarle alguito antes de irte, esas cosas". Seda actúa comprensión, calla sus dificultades de producir un huevo duro sin las indicaciones de "alguien" (Iro) por videollamada. Ex compañero deposita manojo de llaves en su palma derecha como urgido por terminar el abandon ship que tiene en curso, casi con alegría
(asegurarlo no podría
con solo sus ojos a la vista), le dice: "Te veo bien, Sedita, estás linda, el nuevo corte... todo, me alegro de verte así, tan bien". El comentario la descoloca, no lo vio venir, para cuando reacciona ya está sola, con mamá.
Iro: –Pero no entiendo –mordisquea manicito japonés para restarle importancia al asunto y gambetear sororicidio–, a ver: ¿cuánto te va a pagar por que le entretengas a la vieja decrépita tres mañanas
por semana?
O sea, ¿ya le trabajaste cuatro horas sin saber cuánto vas a cobrar, es así,
entendí
bien? –inspecciona el fondo de la bolsa metalizada y luego manda los dedos, que extrae llenos de sal, que chupa con delectación evidente–. ¿Me estás diciendo en serio?
La discu-conversación con Iro deja una Seda desinflada, que ni piensa en otra cosa ni junta el coraje que le significa mensajear
a ex compañero para sonsacar
el preciado
dato callado.
Atrapada

por arenas movedizas, el resto del día hace poco y nada.
Por la noche, tampoco logra conciliar
el sueño. Incapaz de superar
el rechazo que le provoca romper la capa de simpatía convocada
por el comentario final de ex compañero, prefiere renunciar
a preguntar
cuáles serían (Iro: –¡Son!) sus honorarios.
Es como si con ese comentario
(Iro: –Fuera de lugar completamente) la hubiera maniatado
con potente disuasor de altercado,
como la Mujer Maravilla enlazaba a sus enemigas en las historietas
que Iro, Seda y Blixa leían de chicas en el comedor materno. A Seda le da repelús la posibilidad de dejar en evidencia que no es la copada simpática útil diligente que ex compañero creyó ver
ayer
cuando se encontraron. Es como romper
un hechizo. La perspectiva de aparecer
(para él y para sí misma) como incolaboradora, insimpática, inútil
le revuelve el estómago. Le da náuseas, literal.
–¿Pero sos boluda? No es que no sos colaboradora, es un derecho básico de las trabajadoras saber qué es lo que tienen que hacer y a cambio de cuánta plata –Iro se exprime la paciencia encerrada en el microbaño para no salir y pegarle un buen par de cachetadas.
Seda entiende todo y aun así sufre ante la perspectiva de destruir la imagen que ex compañero le revoleó por la cabeza justo antes de partir.
Su "buena onda" (digámosle así -_-) es antídoto potentísimo contra cualquier queja o exigencia o, incluso, consulta. Porque Seda

–aunque no lo concientice– está amaestrada para caer bien, para buscar el aplauso ajeno y desestimar el propio. Para acomodarse, aguantar lo que sea con tal de que le valoren el esfuerzo. Cuando cargaba facturas, jamás un aumento de sueldo ni una mejora en sus condiciones laborales (luz natural, lugar idóneo para realizar su función, etc.). Flores (discursivas), sí: jefe actuando shock alegre por su velocidad para procesar en par de días
lo que habían
presupuestado para semanas; compañeros alabando su compromiso y responsabilidad (termino la carga en casa durante el finde, lo primero es resolver esta urgencia, obvio, hoy por mí mañana por vos): palabras. Aliciente
suficiente
para que Seda rindiera
lo que tres colegas
en puestos equivalentes,
individuos que por supuesto ganaban más que ella
"porque tiene una familia a cargo, corazona",
"porque tiene más antigüedad, ¿dónde se te perdió la paciencia, mamucha?",
"porque cada una no es cada uno, no se puede comparar, bebota".
Y está también el tema del diminutivo. Ese "Sedita" cariñoso en la superficie, regresivo por debajo. Como si fuera una niña, cuanto más obediente, más buena. Y cuanto más buena, más linda. En definitiva, de eso se trata: de Seda aferrándose con los caninos como perra rabiosa a la posibilidad de ser linda a los ojos de ex compañero, aun en detrimento de su propio bienestar e interés. Hábil para la depresión en la que desemboca sin escalas

el sentirse estancada
atrapada,
cualquier posibilidad de agencia coartada,
Seda se entretiene limpiando su teléfono, balanceándose en las patas traseras de silla que mantiene en equilibrio gracias a que su espalda se reclina contra la pared. Busca liberar caché y memoria para que el celu responda más rápido. En tren de borrar fotos silvestres, se cruza con selfies de hace mil, distinto pelo, distinto corte de cara, distinta ropa. Insólito impensado, pero se encuentra bastantemente linda a pesar
de recordar
con pelos y detalles cómo se sentía al momento de la foto, sujeta de angustias en las antípodas del saberse bella.
–Qué bárbaro, cómo el tiempo nos da distancia para apreciarnos con más bondad de la que en general tenemos –flexión melanco-filosófica impacta en la oreja de Iro, concentrada en una partida multijugadora de *StarCraft Remastered*, una oreja destapada, la otra cubierta por el auricular en forma de hongo con gigantismo.
–Más que distancia, el tiempo lo que te da es decrepitud –Iro acerca la nariz a la pantalla para ver mejor el territorio plagado de inquietas enemigas, afanadas en extraer minerales non stop de la porción del mapa indicada para eso–. Dejás de medirte con el afuera y solo te comparás con vos misma. Así es más fácil ver la lozanía que tenías porque eras más joven, aunque no tuvieras la belleza obvia (diría "hegemónica", pero para que me entiendas) que vos ansiás. Vos hoy te mirás en la foto de hace unos años y te comparás con tus posibilidades reales, no con una fantasía absurda de modelos y actrices y bla, que es la vara que le imponés a tu

yo de hoy. Por eso te ves linda.
Muy sorpresa Seda alocuta que ella no busca ninguna belleza homogénea (sic), que se siente bien cómo es y que tiene el alma en paz.
Iro: –¿Ah sí? Si estás tan en paz
¿por qué no llamás
al pelotudo que te hizo ir a cuidarle a la momia en plena cuarentena *GRATIS* señora y le marcás
un poquito los puntos?
Anticipándose a la debilidad de sus argumentos, Seda se encierra en el microbaño a pensar. Se enreda en el desensille, se golpea la cabeza contra la pared, tropieza varias veces.
–¡NO ES TU AMIGO, PAVOTA! ¿NO ENTENDÉS? –alza la voz Iro sin dejar de mirar la pantalla de su compu, para que le llegue el mensaje
como masaje
a pesar de la puerta cerrada.
Al final Seda se rinde a la evidencia:
confrontar a ex compañero le da vergüenza.
Sabe con certeza 100% que tiene por delante situación desagradable, por la cual no quiere pasar. Al punto de que está dispuesta a ir todo un mes a cuidarle a mamá sin saber cuánto le va a pagar
a la espera del momento en que él decida sacar
el tema en base a su propia conveniencia y ahí sí ella se animaría (cree) a retrucar
y/o conversar
sobre esas cuestiones bajísimas desagradables caca culo pedo pis.
Total, ¿qué tiene mejor que hacer?

Iro (abandonando por un instante la partida): –¡¿PERO VOS SOS TARADA DE LA CABEZA SEDA QUÉ MIERDA TE PASA?! ¡¿TU TIEMPO NO VALE NADA?!

La frase final de ex compañero conjuró un espejismo: el de un oasis con lago esmeralda y palmeras en torno, abrazado por cuestas de arena color trigo al amanecer.
Y ahora Seda, para defender
su valía, para escapar a su influjo pernicioso de armonía inexistente,
tiene que volver evidente
que solo fue eso: juego de luces y sombras, nada real, nada más.
Iro (los ojos de vuelta fijos en la pantalla): –Es un trabajo, no tienen que tener buena onda, no tienen que ser amigas. Basta con que vayas y hagas lo que tenés que hacer y él te pague puntual lo que acordaron. Punto.
Seda además se preocupa por lo que dirá Fanny Crisis de Tinayre de todo este asunto que fue quien a fin de cuentas, ¿no es cierto?, le pasó el dato e hizo el contacto. Desfallece Seda al pensar que la dejará mal parada, que no bien Covid permita y vuelvan al papi fútbol de los viernes por la tarde, ex compañero se quejará de ella, de su incopadez, con Fanny Crisis de Tinayre, me mandaste al muere mal, boludo, ¿qué onda? Porque Fanny Crisis de Tinayre es, sí, señora, lee bien: un hombre biológico: un varón.

Despunta el miércoles bastante frío, Seda ninguna gana de ir a cuidar a mamá, piensa en el traqueteo en bicicleta con chiflete para llegar hasta su dos ambientes y es como morir un poco.

Hipnotiza un rato el celular sentada
piernas cruzadas
aún adentro de la bolsa de dormir, espalda contra la pared, hasta que se decide y manda mensaje a ex compañero. Verbosa
pues culposa
explica que se siente engripada y como con dolores musculares, tos y la nariz que le gotea mil disculpas pero me quedo en casa no vaya a ser el virus. La respuesta tarda un cuarto de hora en llegar, escueta: "OK".
Estalla Seda en un suspiro de alivio radical, alegría de sentirse liberada del peso opresivo que la tenía agarrada del cogote desde ese "Sedita" de mierda, es como correntazo eléctrico que la eyecta de la bolsa de dormir, la despereza, la mete debajo de la ducha tarareando retazos de canciones que malrecuerda de a partes. La observa desde la altura de su cama dos plazas, lujo asiático, Iro reina de Saba
despertada
por tanto barullo. La sonrisa casi no le deja a Seda espacio en la cara para los ojos, que se le enciman onda Picasso en pleno período de desconche cubista, Iro pregunta a qué viene esa felicidad a hora tan temprana, luego bosteza.
Iro: –¿Y lo del lunes te lo va a pagar o se lo trabajaste gratarola?
Vuela la mano de Seda por encima de su cabeza en gesto dejame en paz haceme el favor te pido por una vez en la vida, anuncia que va a externarse para comprar medialunas así desayunan como la hente. Iro pide que sean de manteca, jamás ha comulgado con las de grasa.
Transcurrida la euforia

de la victoria,
Seda cae en pocito depresivo
por haber tenido
que escudarse en Covid para zafar de responsabilidades asumidas por su torpe la que calla otorga al momento de la negociación de paritarias. Es consciente de que, a su ya mediana edad, le resultó imposible oralizar o escribir las palabras "Te olvidaste de decirme cuánto me vas a pagar" o "¿Te comenté ya que durante el ASPO cobro con el 30% del Impuesto PAIS?" o "Manejo tarifa hora extra porque estamos en cuarentena, es ilegal andar saliendo para ir a cuidar a mamá" o cualquier permutación de palabras que inaugurara intercambio sobre el aspecto monetario de la transacción que las había convocado en el dos ambientes mamero. Ni siquiera le había puesto precio nominal a sus horas, o sea: no había pensado un cuánto le hubiera gustado cobrar, había ido más bien entregada dispuesta a contentarse con lo que ex compañero le propusiera como adecuado.
A Iro toda la situación le parece un absurdo, pero ella qué sabe –se autoexculpa Seda mientras lava platos en la micrococina integrada– si no trabajó una hora seguida en lo que lleva de viva en esta Tierra.
Iro: –Por eso queridita a ver si te contagiás algo de mi genialidad, mal no te vendría.
Calla Seda la subvención materna que insufla oxígeno periódicamente en la llama de su genialidad porque no quiere pelear, no le gusta, ¿para qué? (OOBVIAAAAA). Opta por poner a calentar agua para el mate e interesarse por la caja negra que Iro acaba de acomodar sobre la mesita multifunción a escaso
paso

de donde está ella repasando la micromesada, mini como todo el resto de ese reino lilliput que habitan. Mando ridículo en manos de Iro acompaña búsqueda de tutorial en YouTube: "Cómo conectar PS4 a Mac". Seda la observa intrigada.
Iro: –No lo entenderías.

Portero eléctrico da pie a breve escena panic! at the disco: quién será,
qué querrá,
qué habrá
pasado,
qué raro,
quién será (bis). Módico misterio se resuelve con apenas levantamiento de tubo: es Blixa. Viene a comentar que
urgida
salida
de casa de tía
performada por Seda ha ocasionado sismo familiar. Montada en las yeguas del apocalipsis, de humor pésimo, comenta que está hashtag harta del surtido de tíos quejumbrosos desilusionados que le acampan en el tímpano desde que Seda se mandó mudar y dejó de atenderles los llamados,
cancerberos tras la pista del hostel soñado,
paladeado
pero hasta el momento no realizado.
La invitan con el primer mate para que se serene. Desensilla Blixa, se pregunta si debería continuar con el tapabocas puesto pero concluye que no pues parientas, con lo cual termina colgándolo

del respaldo de la silla. El descoloque que genera su inesperada aparición
pronto se remedia con conversación
acerca de temas familiares de común resolución
y la consulta acerca de la situación
laboral de Seda, en qué está, qué anda haciendo. A Iro se la da por perdida por principio, más allá
de cualquier posible extremaunción, no pincha ni corta en afanes de este tipo.
Comenta Blixa que en la multifunción –como le dice de entrecasa a la multinacional para la cual trabaja–
abrieron búsqueda de cargafacturas para enfrentar montaña de tareas generada por la fusión,
por si el dato interesa en este cónclave, Blixa podría emitir recomendación
o palabrita amable con su jefe, si bien es un puesto de asistente o junior y las postulaciones se examinan en la filial mexicana de la multi, asiento del Departamento de Recursos Humanos para todo el subcontinente. Si bien el domicilio laboral queda en Belgrano-Núñez, prácticamente frontera con el Uruguay, debido al Covid bla el período de prueba se haría bajo modalidad home office, lo cual no deja de ser conveniente para individuas nacidas y criadas en el sur de la ciudad.
Tras la extensa parrafada de Blixa sobreviene silencio. Antes, sin embargo, alcanza a aclarar con algo de embarazo que la búsqueda de minion es para ella porque acaba de ser ascendida a puesto de comando intermedio. Explosión inmediata de alegría à la brasilera, si el contexto no fuera

tan caca saldrían a festejar por Palermo, el barrio al que transmigran sus almas cada vez que deseos de tomarse cervecita fría en la vereda como snobs que son, gustadoras de todo lo que exhiba o aparente pátina de cosmopolita. Se abrazan y saltan al unísono como vértices de un triángulo epiléptico pasándose las medidas de distanciamiento social por el cuarto forro del ogt.
Iro:–¿Y te aumentaron el sueldo?
No, lamentablemente. Pasa que en este momento tan malo la empresa imaginate no tiene cómo enfrentar un aumento Y ADEMÁS un sueldo en blanco (la minion), hay que ponerse un poco la camiseta para que no se vaya todo al tacho imaginate queda por supuesto para más adelante cuando las cosas mejoren. Blixa repite como una robot los argumentos del gerente, manteniendo a raya la desilusión tras adusto gesto de imposibilidad total. Imaginate. El ascenso se aprecia entonces como lo que es: un aumento exponencial de tareas y responsabilidades, más trabajo por el mismo sueldo de siempre: una cagada, o sea. Serenadas tipo mazazo entre los ojos por la letra chica de felicidad que resultó apresurada vuelven a tomar asiento en torno de la pequeña mesa, Blixa pide nuevo mate e informa que no ha filtrado aún la noticia a madres, razón por la cual solicita discreción hasta el momento en que tenga ganas o se sienta cómoda con la perspectiva de su comunicación. Seda e Iro asienten, tres pares de ojos siguen la circulación del mate. Retoma Blixa consulta sobre el puesto de cargafacturas junior, si interesa, para "ir pensando" qué apronte conviene. Se extiende en la posibilidad de amparar a Seda en caso de dificultad, enseñarle los vericuetos de métier y compañeras, serle útil. Resulta a continuación que Blixa se encuentra reseñando delicado

equilibrio inestable dentro de la multifunción, necesita a alguien leal íntegra cerca en quien poder confiar. Y capaz, trabajadora y buena gente, que le cubra las espaldas, que no la deje expuesta a la primera de cambio. Que no sea chota ventajera.
Y ahí desembucha retahíla de pequeñas miserias arteras .
sorteadas con dificultad y gran desgaste anímico. La de menos:
colega limitada o
incapaz o
insegura o
soreta o
mamerta o
inmadura, máquina de meter la pata hasta la glotis a repetición, como metrónomo suizo, mientras por mail interno denunciaba toda remilgada
a Blixa sin copiarla como responsable de la cagada,
cuando ella no tenía nada que ver, "no pertenecía al circuito". Otra: una que se fue con la queja al jefe de su jefe (de Blixa) porque "es muy difícil trabajar con ella", "se niega a seguir los protocolos", "sugiero reevaluar si es la persona correcta para el puesto". Pronto queda claro que trabajar en la multifunción es como ingresar a un episodio de Juego de tronos. La *súper oportunidad* trastoca en angustioso S.O.S. de hermana a hermana, ¿qué te cuesta? Y de paso, volvés a trabajar. Un sueldo fijo a fin de mes,
¿no es lo que querés?
Al cabo del racconto de absurdas iniquidades laborales Seda es un gran preferiría no hacerlo. ¿Cómo expresar su reticencia sin que los deseos de Blixa, intensos como para motorizarla hasta el microambiente sin aviso, se resientan, tomen a mal su negativa?

No le salen las palabras, ni justas ni de las otras. Mira a Iro para que oralice su sentir (de Seda). Iro le devuelve el miraje con cara de nada. No sos vos soy yo, piensa Seda, pero queda en la loma del culo y además no me siento a la altura del nivel de estrés que manejan sorry not sorry. Nada sale de su boca: se miran, cariátides. Como siempre que está tensa, Blixa se enciende un pucho. Se arrima a la ventana –que abre, con el frío que hace– para no molestar con el humo al resto de la convención. El cielo lánguido
plata refleja lo triste de la situación
con nubladismo sin tensión.
Siente Seda la presión
de la volición
de su hermana, se hunde en silenciosa meditación
sin acción.
La cuerpa de Iro responde en seguida al frescobaldo que ingresa. Toma de su cama el plumón, se lo enrolla en torno tipo cubanito. Aprovecha para consultarle a Blixa si no tendrá
de casualidá
smart tv para prestarle unos días, necesita para probar "algo". Tiene sí Blixa guardada una Samsung 23 pulgadas, antediluviana ya, comprada con su primer aguinaldo en la multifunción, parece otra vida, cómo caza el tiempo: arrasa. Cae la colilla al vacío consumado el cigarrillo con menefreghismo que no le conocían a la mayor, o será que: nervios, malos consejeros. Luego charlan boludeces. Tras café, Blixa se retira. Parte con la idea de que quedó
establecido
torcido
quid pro quo: tv

a cambio de cv.
De Seda se espera que obedezca sin patalear.
–Por ahí ni te eligen nena cómo te tira el acting –bufando contrarío Blixa se despide.
Queda
Seda
de pie atrapada
conflictuada,
embutida en camisa de once varas.
Dijo no, no, no,
como Amy, preferiría no,
pero no se escuchó,
por ahí no se entendió,
con lo cual quedó
como que se comprometió
a enviar cv y candidatura
para el puesto de cargafactura.
Experimenta ahora feroz tironeo interior entre lo que Blixa ansía (y presenta como estándar mínimo básico de comportamiento sororo, definición misma del deber ser) y lo que quiere ella, opuestos irreconciliables.
Iro (la vista pegada
en la tele llegada
en Uber, auriculares, desquicio altura mando ya que partida multijugadora de *For Honor*):
–Decile que no, ajjjj morite gusano, jajaja, ¡tomá! decile que no y listo. Bancate su decepción y... y... y... a otra cosa: thank u, next. ¡PERO QUÉ HIJA DE LA MIERDA ME MATÓ! ¿¿LO VISTE

QUÉ ME HIZO?? No te la puedo creer, qué maldita lo odio. Me hacés perder, Sedita,
andá a hacer tus cositas,
te pido por favor, que me desconcentrás mirando todo tan de cerca. ¡¡VOLVÍ HIJA DEL CULO VAS A VER QUÉ TE VA A PASAR JAJAJA PREPARATE CUCARACHA!!
Observa Seda cómo revive el orochi de Iro, cómo blande su katana habilidosa. La pierde la enorme cantidad de boyas visuales, íconos e indicadores que llenan la pantalla de detalles coloridos que se mueven, cada uno a su ritmo obedece coreografía propia. Mente de Seda pretende comprensión, pero se descubre pesada para el vuelo intelectual que el juego requiere. Sin faltar a la verdad podría decirse que no entiende lo que ve. No le alcanza la inteligencia en este arduo momento a disposición
para decodificar lo que sucede en frenética sucesión
en la pantalla frente a ella. Lejos de intentar incluirla, Iro la manda a poner la pava en el fuego –ceba mate, bicho– y comprar alguna cosita rica para merendar.

Seda dedica días siguientes a evitar
a Blixa bajo forma de texto, audio, mail, mensaje por interpósita persona (Iro), por paloma mensajera. Coincide con el último envión del invierno, tormenta de Santa Rosa y sus vientos huracanados y su frío y su lluvia. Seda tiene ganas de reptar
bajo la tierra, hibernar,
no volver a salir
de su bolsa de dormir
o morir

y a otra cosa. Pero al fin, por más vueltas que le dé al asunto, por más procrastinación que le destine, Blixa perentoria respuesta, saber si le va a mandar cv del orto, o a qué estamos jugando. Entonces Seda se ilumina: toma su curriculón, le quita todos los antecedentes relevantes que podrían hacerle merecer el puesto de cargafacturas en la multifunción, send. Las tretas de la débil.
Iro: –Más fácil era decirle que no.
El desagobio que le significa a Seda sacarse de encima las ansias de Blixa, a quien tenía adherida cual garrapata en los pelos de la cajeta, la relaja nivel esa noche ronca.

En el afuera mientras tanto contagios siguen de a diez mil por día ahora que la clase media se cansó de creer en las bondades del aislamiento, la profilaxis de mantener las distancias, los poderes mágicos del tapabocas. Las cuerpas
cansadas
angustiadas
se tocan la cara, se estrujan narices y ojos, se rascan orejas: todo recaudo pertenece al pasado pisado. Se reabren bares en esquinas gracias al sistema take away plus: mesas en la vereda, porque está visto que al aire libre las chances de contagio disminuyen. Enferma importante referenta de la mano dura, casualmente participante
–quince días antes–
de marchita del contagio, convocada anticuarentena.
Siendo este el contexto, la desgracia de Seda podría pasar por algo menor, apenas detalle o nota al pie, pero es en realidad gota que rebalsa vaso. A caballo de poderosa ofuscación producto de par de noches (2) maldormidas a causa de molestos ruidos ejecutados

con meticulosidad de virtuosa por la cuerpa de la okupa, Iro exige a la rumiante: o se mutea o se manda a mudar.
Intenta todo Seda para dejar de sonar,
en vano. Pobrecita desespera
pensando que Iro bromea
pero no: va muy en serio la amenaza. Antes muerta que vanguardia en retroceso hacia el hogar materno, textea a Fanny Crisis de Tinayre
para ver
si le puede dar una mano o tirar un cable. Endulza la situación con: "por unos días". Mmmnnom qué macana ¿sabés que no?
Seda trabaja la culpa de Iro conminándola a considerar
el roncar
secuela del Covid. No se deja toquetear
las emociones Iro
e informa que si el ruido
no cesa se procederá al desalojo sin demora. Con el seso agotado, sin saber ya más qué hacer, invierte Seda en tapones de silicona para la sensible de tímpano, en caso de que no le guste el material, agrega al carrito unos protectores auditivos de copa (mismo modelo usado por los señaleros de Ezeiza: ganga mal) para tener alternativa y por último suma dispositivo
anti ronquido
nasal magnético. Tras la compra, ingresa al home banking a comprobar cómo bajan sus activos, lo peligrosamente inane de la cifra que languidece en la columna del haber.
No tienen tiempo de desilusionarse por funcionamiento defectuoso o franca inutilidad, por la molestia de dormir la testa atestada de

cachivaches: sobre el atardecer,
¿podés creer?,
secuela de Covid genera paro cardiorrespiratorio en tía de pronto viuda y genera –imaginación de banquero–, tía ida: muerta. ¡Virus de mierda! Estaba lo más bien y de pronto esto.
Son muchos hermanos y más ahora,
el mundo dificultado por el virus corona,
cuestión: tras la ambulancia, policía da fe
de que
está fiambre pobrecita, certifica y deja libre la cancha para que este señor se ocupe de los arreglos fúnebres. Antes de retirarse cana apersonado le informa, gta de compungida todacomprensión y voz de bajo, que él conoce casa de sepelios buena y barata que le puede recomendar si el caballero gusta o quisiere o por ahí no tuviere en una de esas arreglos previos de los que pudiere ¿no es cierto? echar mano. Por módica suma le diría además contraseña valedera de importantísimo descuento, guiño guiño. Turbado este señor, dado vuelta,
no recompuesto aún de la impresión de llamar y no obtener respuesta,
de pensar "Raro, la gorda siempre contesta",
de insistir sin éxito,
de apersonarse por las dudas, a pesar de estar en cuarentanga,
de tocar y tocar y llamar y llamar, timbre timbre timbre,
de tener que irse hasta lo del mayor a por las llaves de repuesto,
de poder finalmente penetrar,
de verla boca abajo en el patio,
como alcanzada por un rayo

en impulso vital inconcluso, regadera en la mano, medias a la rodilla, plantación de ruleros en la cabeza, redecilla cubriendo por encima, pantuflas de estar en casa (y sí). Impactado queda de verla tan convertida en vieja de barrio, de las que él veía cuando chico en Boedo todavía joven arrabal mayormente vacío, casas bajas y horizonte, cuando los horarios de Almacén Don Carmelo organizaban la existencia comunitaria. Entonces, como digo: desorientado boqueando pánico inconfeso este señor responde sí claro digamé, estoy un poco en shock creo pero anoto, anoto y si me pueden hacer un descuento o atención, desde ya muy agradecido. Burocrático y aséptico el trámite, par de horas después encuentra a este señor recibiendo rutinaria caja de mdf con adentro, cenizas de algo o alguien, probablemente mezcla de varias seres que fueran personas distintas y ahora amuchan partículas con bastante promiscuidad en la cajita entregada por el robótico personal de un cementerio cualquiera arreglado con la funeraria cualquiera recomendada por el cana. Porque fue todo tan repentino inesperado qué sabía yo que vos tenías una parcela en Jardín de Paz obvio que hubiera sido mejor ahora ya está
tengo la cajita acá
en casa conmigo
después coordinamos para ir a soltarla al río
¿te acordás que ella dijo una vez? La soltamos en la Reserva Ecológica ¿cómo no se puede, por qué decís? Bueno pará nos calmemos, muy nervioso te veo está todo a ras de piel hablamos en unos días y ahí vemos
qué queremos
o qué hacemos,

total acá no molesta, una cajita es. Pobre gorda terminar así cuánta injusticia.
Hubo bronca entre mayor
y este señor
porque el primero no movió el culo pero jamás le perdonará al otro el descuido de no haber preguntado,
de no haberse acordado,
que él tenía pagado
par de nichos en el Jardín de Paz para que el más allá las encontrara a todas juntas y organizadas. Puesta en duda la veracidad del deseo de cremarse expresado por tía viva de pronto ida en oreja de este señor, da la impresión de que susodicho quiso sacarse el trámite de encima a velocidad total, sin ceremonia, sin nada, ¿nosotras cómo hacemos el duelo ahora? Ni despedirnos pudimos.
Mientras estas diferencias se tramitan sottovoce, Seda retrocede como Sebregondi. Vuelve a casa de tía viva de pronto ida a bedelar la propiedad hasta que hermanitos decidan qué hacer con ella (la propiedad). No es tanto que Seda quiera volver a la casona de Boedo como que el cónclave descuenta que lo hará: dada su desempleadez (estar) y soltería (ser), su existencia se encuentra –como resulta evidente– a disposición de los deseos y necesidades del colectivo
familiar y su Consejo Directivo,
cien por ciento masculino.
Se establece fondo coparticipativo
para hacer frente a los gastos de luz, gas, electricidad y ABL, más un mínimo en calidad de caja chica para que Seda destine a lo que crea necesario.
No es remuneración a cambio

de las que serán sus fatigas de casera, sino dádiva crística, caritativa, generosa: limosna. De hecho, el
consistorio
considera
que más que cargarla con un trabajo la hace receptora de maravilloso presente: lugar para vivir gratis + platita por cualquier cosa, a cambio de, simplemente, estar ahí. Es decir (así se lo expresan): a cambio de "NADA". El razonamiento asienta su validez en la estólida sindicación de la casa como artefacto autolimpiante y autorreparante, con plantas que se riegan solas, pisos que se autobarren, ventanas que se autolavan, vereda que se autobaldea y así. Seda, suertuda privilegiada, agradecé tu suerte y llorá de felicidad. ¿Qué le pasa que pone esa cara? ¿Está rota?
No quiere Seda pero la problemática ronquido, los ruegos conminatorios de este señor
–dispuesto a todo con tal de evitar otro frente con hermano mayor–
y la presión conjunta del consistorio terminan por torcerle el brazo. Celebra Iro su ida, al fin, trata de que no se note, le promete visitar. Chau besis.
Se encuentra así de pronto Seda en la peculiar situación de tener seis jefes y un trabajo sin límites horarios ni prescripción clara de tareas. Su gestión se mide por aquello que según jefes no hace o hace mal o distinto de como lo hubieran resuelto ellos. Los aciertos se dan en cambio por sentados,
descontados:
obvios invisibles. Cuarentena y todo, surtido de tíos cae por la casita cuando se le da la gana, la mayor parte de las veces sin avisar. La sorprenden a Seda en actividades mundanas de cualquier

tipo, portan cara de preocupación para ocultar alma de controlor. Cada uno que pasa se siente en capacidad de sugerir cambios o mejoras en el accionar o rendimiento de Seda, que comenta luego telefónicamente –en confianza, por su propio bien– con este señor que a su vez entonces aparece
(la mayoría de las veces
vía mensaje) para pedirle a Seda seriedad y compromiso bla no me hagas quedar mal, hija, estoy en una situación muy difícil.
Seda sobre todo barre y si le sobran tiempo y energías pasa trapo o agita un poco el plumero sin demasiado criterio, así: en general, medio al aire. Riega plantas, sube las persianas
de las ventanas
a la calle para que entre luz natural en los ambientes. ¿Se arrodilla virulana en mano para quitar la grasa de la puerta del horno? No. ¿Ataca enlozado de la bañadera con esponja y producto limpiador antibacterias? No. La mayoría de las veces, además, curiosidad la gana apenas iniciado el impulso higiénico, por el contenido de cajones y cómodas o por descubrir qué tesoros guardan las puertitas del armario, se emboba convertida en arqueóloga de interior o tocador
y de pronto la noche está caída, es la hora de organizarse algo de comer
y bueno quedó a medio barrer,
sí.
Impulso primero, falto de raciocinio o pensamiento, la lleva no bien retornada
hasta la habitación que ocupara
durante su estadía anterior, piso de arriba.

Pero tras par de días
de trajín resulta ineludible la comodidad mágica de la pieza que
fuera de tía viva de pronto ida,
ubicada entre baño y cocina
frente al patio con plantas sumisas a la primavera que se anuncia,
flores que aparecen para abrirse en una danza de polen que afecta
las vías respiratorias de Seda, muy alérgica a todo lo naturaleza.
Es feliz Seda en la soledad soleada del solar familiar, hecho muy
evidente en la tranquila alegría con que se lleva a sí misma, suelta
de pautas estéticas muy seguidas en el pasado. El pelo, por ejemplo: crece libre, pajoso como es, en ninguna dirección particular
y en todas al mismo tiempo. Interrumpida la tintura al comienzo
del ASPO raya demarcatoria marca un antes y un después de evidencia radical. Y en este, gran cantidad de pelos blancos. Vellones
canosos indican que el tiempo ha transcurrido para esa cuerpa
maciza que circula la mayoría
de los días
empaquetada en joggineta. Otros pelos también crecen: cachila,
piernas, axilas,
bozo se cubren de pelusa pilosa, premiados con la existencia por
el tesón de volver tras cada depilación, incapaces de entender una
indirecta.

Seda invierte horario en buscar trabajo. Pone en autos de su pesquisa a toda aquella que la contacta, amiga, conocida u ovni, actualiza su perfil
de Linkedin
con datos de dudosa corroboración, del tipo ambiguo-llamativo.

Nunca nadie no está buscando trabajo en la Argentina ni la Argentina deja alguna vez de estar en crisis, con lo cual
cualquier búsqueda laboral
se convierte en algo aburrido y banal,
consabido. Una tarde deja de atender a surtido de tíos pues hashtag harta de su insatisfacción permanente. No lo piensa demasiado, le sucede: observar el teléfono sonando, verlo vibrando, continuar tragando tutuca azucarada haciéndose la ausente, la imposibilitada, la indisponible. No devuelve el llamado. Intenta lo mismo con este señor, cercanía geográfica le juega en contra. La visita con cualquier excusa para asegurarse de que "está todo bien" (siempre) y al saludarla para irse, piecito en el escalón de la puerta de calle, enronquecida la voz:
–Teñite, hija, por favor te lo pido
–rostro compungido
de soy tu aliado, verte así me daña amiga me rompe el cora–. No te dejés las canas, haceme caso, escuchame lo que te digo: parecés una vieja. Sos una mujer joven, tenés la vida por delante,
¿por qué tanto empeño en afearte?
–respira hondo, contiene suspenso–. ¿Estás deprimida?
Al contrario: no es ningún empeño, es ser sin trabajo (en todo sentido :), sin más esfuerzo que ducha cotidiana y cepillado de dientes. Le vulnera la oreja la áspera encíclica bienintencionada de este señor, que Seda supera con amnesia inmediata. Le entra por un oído y le éxoda por el otro, sin retraso, con el esfuerzo de la autodefensa: las tareas de autopreservación.
Seda demora en cerrar la puerta: cruzando la avenida crece un cerezo, pura rama la mayor parte del año. Lo advierte recién, lo mira

explotado lleno de pálidas flores rosas y lo encuentra la imagen misma de la belleza. El impresionante imperio de su hermosura llega hasta ella, que despierta por comparación a la suciedad desganada de su pedazo de vereda.
Se carga con la tarea
de baldear y cepillar, que emprende con dificultad por no ser de práctica habitual. En eso está muy absorta cuando recio muchacho vendedor de zoquetes para la cartera de la dama y el bolsillo del caballero le toca el antebrazo para consultar si no se coparía con un vaso de agua, tiene el chori a la altura de la nuez.
Es un suave apoyo de yema,
leve presión que se llena
con la constatación de la suavidad dérmica de Seda, que honra su nombre. Levanta Seda vista de baldosa con canaleta, aguantadero de mugre en toda su variada manifestación existencial, para dar con inesperada masculinidad que, ¿cómo decirlo?, le corta la respiración. Siente como puñalada en el estómago con sakura florecido de fondo. Descoordinada retrocede Seda un par de pasos para enfocar mejor al solicitante descolocado en todo su increíble fantástico esplendor, testosterona en estado puro que le provoca subidón adrenalínico, flashea en colores, tropieza con el balde, lo vuelca y tras confuso episodio termina culo a tierra con él entre las piernas como si acabara de parirlo, empapada por lo que no puede sino ser líquido amniótico de balde. ¡Es varón y sanito! Ríe Seda de su propio delirio imaginativo, mientras el sireno –pollo doble pechuga–
sigue impertérrito desde toda su exquisita altura
el espectáculo, cara de intriga semántica, sonrisa simpática.

Más bien que Seda entra a por vaso de agua para ofrecerle y además para cambiarse pues joggineta perdida
de porquería
con producto jabonoso de limpiar veredas. Apenas atravesado el vano de la puerta, la tortura la indecisión
de si cerrar o no cerrar, esa es la cuestión,
no quisiera parecer indelicada pero tampoco pasar por pelotuda, dejarla abierta
es quedar expuesta
por completo si las intenciones del sireno fueran non sanctas porque la cocina queda al dofón, después del patio, si se llega a meter ¿quién lo saca? Son segundos de tribulación, picaporte en mano.
Siente Seda su mirada
escapada
de tapaboca,
una vibra de alguna patía (sim-, em-) loca
pero es un algo demasiado tenue como para obligarla: dos vueltas de llave coronan el ingreso de su culo al hogar de tía viva de pronto ida.
Pasa que desde hace un tiempo el agua de AySA está llegando con alto olor a aceituna en mal estado, de descomposición muy avanzada, con lo cual el vaso de agua necesariamente troca en ofrecimiento de mate. Así está de invitarlo a entrar pero un último recaudo la contiene
mantiene
detiene
sostiene
retiene como si fuera mástil y Seda navegara atada a él, como Ulises,

cuestión que le dice
bancame ahí vengo, da vuelta el balde para que la espera
se le haga placentera
y procede a calentar agua para su yerba orgánica Titrayjú, de las que cuestan medio riñón –sobre todo para parásita desempleada como Seda– pero te hacen sentir buena
persona, compañera
de las colonas misioneras.
Atenta a las precauciones protocolares de Covid, ceba Seda pero no comparte.
Barbijo protegiéndole con celo la mayor parte
de la garganta, el sireno impacta aún más en el ojo de pobre Seda que le da charla el entusiasmo por las nubes, desarmada,
impreparada,
asomada
a un precipicio que solo tiene caída libre para ofrecer.
A pesar de protocolos y distancias prescriptas deseables indicadas, Seda agita termo vacío en el aire como si fuera matraca para señalizar que no hay más agua, no hay más música, ocasión que el sireno aprovecha para arrancar su peligroso canto frente a una Seda toda oídos, desasida de mástil, ignorante de lo que es una precaución.

Ocurre sexo.

Sucede fácil, con ribetes de obvio. Cuerpas que se deleitan con gula en la habitación que fuera de tía viva de pronto ida. Entre actos, interludio conversado,

fuman pucho acompasado
entre las dos, se acercan, se conocen. Intermedios que disputan el placer de la obra en sí.
–Es de las provincias –entusiasma Seda intercambio telefónico con Iro en algún momento de los días posteriores.
–¿De cuál? –inquiere Iro interesada.
–Moreno.
En el transcurso de las semanas que siguen el sireno figura mucho por casa de tía viva de pronto ida,
a cualquier hora del día
o de la noche. Seda barrena
extática la ola de bienestar que desencadena
su cuerpa cada vez que la presencia del sireno se anuncia. Timbre de calle le enhiesta las orejas hasta el borde del dolor, toda ella encendida,
rendida
de antemano a la felicidad que sabe por venir. Es una dolencia dulce, pletórica de
expectativa.
Seda La vida es bella
atraviesa
jornadas y acontecimientos de excelente humor,
cataratas de paciencia fluyen de su interior
para resolver nimiedades, boludeces. Retoma diálogo interrumpido con surtido de tíos, cuyas consultas responde solícita, se pone a disposición para lo que quieran
o puedan
desear o necesitar. El origen de tamaña alegría

o felicidad o armonía
no tarda en volverse voz populing gracias al trompeterío de tío aparecido a por la caja de herramientas de tía viva de pronto ida, por lejos la mejor la más completa de todo el nutrido grupo familiar, modo Juliana Arregla Otra Vez el Cuerito del Orto on. El sireno tomando mate en la cocina a pecho descubierto es impactante continuación
de La vuelta del malón
de Della Valle, da pie a mucha preocupación
por la seguridad de Seda y la integridad
de la propiedad.
Tras breve cabildeo en distintos grupos de whatsapp, en paralelo y al mismo tiempo,
sin orden ni concierto,
surtido de tíos reclama a Seda que publicite y dé a conocer
los particulares de su peculiar proceder.
Y quién es ese tipo
y de dónde viene
y qué quiere.
Deja Seda de responder, lo siente como una vulneración a su intimidad. Consulta con Iro si mandarlos a cagar,
o qué conviene.
–Mmmm, dejame pensar.
Mientras Iro reflexiona, los aedes aegypti se organizan
y solidarizan.
Socializan
puntos de vista más que información, que no tienen, hablan entre ellos y con este señor, hasta arribar a conclusión, en dos partes:

1. si Seda no se aviene a escucharlos y romper su compromiso o lo que sea que la ate y maniate, vincule o una al sireno, es decir, a deponer su deseo y actitud, se lanzará
pero ya
asedio con corte de suministros;
2. por las buenas o las malas, Seda será removida de su cargo (¿que sería cuál, exactamente?) con baja deshonrosa y desalojo inmediato, sin derecho a voz ni voto.

Como loritos
contritos
repiten que se trata de una cuestión securitaria: por el bien de la propiedad y de todas y en especial de Seda que –están seguros, de otro modo no se explican comportamiento semejante– no comprende o alcanza a vislumbrar
lo que está en juego en ese lugar.
Es joven e inexperta. Una inocente: no lo hace de mala,
no es tarada
es que no dimensiona. Mejor prevenir que jurar.
Surtido de tíos, muy interpelados por lo que Seda
hace
o deja de hacer
o se deja hacer
en la cuerpa
en la casa,
preocupados por su bien (intencionados), dispuestos a cualquier cosa para protegerla (de sí misma, del sireno). Seda es libre, lo saben,

dueña
señora
de hacer con su totora
lo que le venga en gana,
pero pero pero toda jarana
tiene un límite, casualmente tutorado por todos tus tíos (o Todos Tus Muertos).
Ese sería el razonamiento.
En condiciones normales de presión y temperatura, Seda hubiera empacado sus cositas
y arreglado con el sireno que las visitas
continuaran en lo de Iro
para no hacer más lío
y que las cosas volvieran a su cauce "natural". Pero algo en ella se subleva porque desde hace semanas tiene la casa prístina como nunca, las cuentas pagas, las plantas divinas, la heladera llena y a las vecinas contentas. Entonces ¿dónde estriba la problemática?
Alarmado
angustiado
descompuesto
por lo que hermanos van a pensar de él y de la educación que les ha dado a sus hijas al nacer,
al comprender
que el manoseo emocional de audios con quiebre de voz etcétera no estaría dando frutos, este señor opta por mensaje escueto de:
hija, si continuás
por donde vas,
sola

te quedás,
olvidate de nosotras.
Algo se rompe en Seda al leer.
Algo que la hace sentir que deja de ser
hija de
sobrina de
hermana de.
Le resulta evidente
su metamorfosis de engranaje útil a palo en la rueda,
algo excesivo o excedente,
elidido o elocuente,
más allá de ese chicle pegajoso de eficientes
relaciones que es la institución familiar, su imperio y ley.
La constatación
le produce una sorpresa fría, sin conmoción.
Los mensajes de este señor le generan distancia, o más bien: evidencian una separación que Seda no sabía ahí pero que es real
nada de lo que le dice con su tono magistral
le toca fibra íntima de lo mental.
No le parece razonable ni bien ni entendible. Ramalazos de ajenidad la recorren, los ojos fijos en la pantalla del celular. Es como si ella no fuera más ella o este señor no fuera más este señor. Algo deja de funcionar como lo hacía hasta ese instante, un pacto tácito sale de servicio como "Seda salió del grupo", que se repite dos veces: chau tíos, chau familia. Tras eso, Seda sale física y mente a buscar cerrajería que atienda urgencias para que le cambien la combineta de la puerta de calle, más barato que cambiar la pieza entera

e igual de efectivo para dejar parientas del lado de afuera.
Caricias significativas para todas.

El cese unilateral de comunicaciones dispuesto por Seda
desbloquea
nuevo nivel de tensión en casa de este señor, donde recae naturalmente la retahíla de quejas, rencores y reclamos de surtido de tíos desvanecidos de ira con la loca de mierda que parió tu mujer.
Presión va in crescendo hasta que se convierte
en géiser
en erupción
de los que arrojan líquido y ácidos todo alrededor. Compenetrado con su vía crucis, este señor atraviesa estadios sucesivos: de vergüenza pánico (de lo que piense de él "la gente"), odio a la pelotuda, desagradecida peor que una vinchuca (Seda), rencor (contra la señora, responsable primera
y principal de que la hija saliera
soberbia maleducada), lástima (de sí mismo, en situación complicadísima sin comerla ni quererla), incomprensión (de cómo se llegó a esto, si estaba todo re bien, encaminado). En momento impreciso de su calvario este señor comprende que la única manera de salir de la enojosa situación en la que se descubre depende de Seda, que lo tiene bloqueado en el teléfono y no bien le pispea los tres pelos del cráneo desde el balconcito
del primer piso
se desentiende del llamado eléctrico del portero. Cercenada toda comunicación con el patriarcado, este señor convertido en manojo histérico de nervios HARTA a la señora que, con tal

de no escucharlo más, a fuerza de golpe bajo emocional
coerciona a Blixa e Iro
para que tomen partido
y retransmitan a la arrebolada filibustera la voluntad paterna de parley, que tanto este señor como ella visualizan como paso primero hacia la recuperación del equilibrio perdido. Pide que la oferta parlamentaria sea presentada como idea espontánea de ellas, sus hermanas, ya que la señora desea permanecer al margen de esta alborotada conflagración: siempre Suiza nunca insuiza.
Pedido materno desencadena gran tráfico telegráfico entre sororas. Blixa es de la impresión de que Seda pifia grosso y debe deponer su actitud cuanto antes. Menos taxativa, más meandrosa, Iro sostiene que tíos
le parecen reverendos atrevidos
¿por qué se permiten opinar sobre lo que Seda hace o deja de hacer? Muy bien por ella que cambió la cerradura
puso la cara dura
y se hizo respetar, al fin, por una vez. Blixa manifiesta silente su desacuerdo movilizándose hasta la ventana, va a fumarse uno de los cinco cigarrillos que se autoriza por jornada, lo necesita para mantener ansia de grito bajo control. Desde la micrococina Iro la observa mientras espera que la pava le entregue agua hirviendo para dos tés.
Coinciden en la necesidad de desactivar el conflicto de una vez para poder volver en santa paz a las oscuras existencias que cada una llevaba adelante antes de toda esta desafortunada situación.

Blixa: –Que vuelva para acá a vivir con vos un tiempo.

Iro: –Antes muerta: yo ya colaboré. Asilala vos, ¿no decís que le conseguiste laburo? Así viaja menos.

Conocedora de los molinos que enfrentaba,
se permitió Blixa engordar el escuálido cv que Seda le enviara
a regañadientes.
El photoshopazo operado en los antecedentes
de su hermana logró convertirla en finalista aspirante
al puesto vacante
de cargafacturas junior, excelente
nueva cuya notificación –evidente–
había ido a parar a carpeta de spam pues sin respuesta. Con el tema firewalls que están en permanente actualización y coso pasa mucho. En un arranque de confianza poco comprensible, Blixa garantizó que Seda se conectaría
en día
y horario estipulados
vía Teams con el tridente ofensivo de Recursos Humanos.
Otro punto importante en la minuta discutida en esta reunión cumbre.
De Blixa e Iro se espera que presionen a Seda hasta que deponga su actitud, ambas lo saben. Son por lo tanto conscientes
de que actúan como representantes de surtido de tíos en este asunto caliente,
ejecutoras de su voluntad: el brazo de su ley.
Blixa acepta con resignación el agridulce papel
que le toca. Lo que sea para salir del impasse. Argumenta que "en un par de años" nadie se va a acordar, tenemos que ir a verla,

hacerla entrar en razón y chau: taza taza, cada una a su casa.
Iro (tranquilidad y compostura): –¿Qué sería en este caso "entrar en razón"? ¿Dejar de ver al sireno? ¿Dejarlo de ver en la casa, verlo solamente en otros lados? ¿Entregar la llave y dejar la casa? ¿Disculparse? ¿Arrepentirse? ¿Llorar con moco? ¿Garchar con tapabocas? ¿Sumar alcohol en gel a la higiene post coito?
Acodada en la ventana, Blixa revolea ojos como siempre que no logra imponer su punto de vista.
Blixa (cara de ogt): –Bueno, ¿y entonces? ¿Qué hacemos?
Iro: –Nada. Si la quieren doblegar, que la quiebren ellos. Yo no voy a ser cómplice y vos tampoco deberías.
Coyag apenas concluido
Iro
llama a Seda para ponerla al tanto de lo conversado y decidido,
anoticiarla de la preselección
para el puesto de cargafacturas y de la desesperación
de las señoras, eco o reflejo del ataque nervioso de surtido de tíos.
Escucha a Seda equilibrada, energética y con poco tiempo: quedó con el sireno, que está al caer
no se puede entretener.
Sí, el mail de la multi le llegó. Gracias pero no gracias. Tiene otros proyectos en marcha en este momento, con Beba Molotov, que por tema Covid también terminó echada, ¿podés creer? Viven juntas ahora, saludá, Beba:
Beba: –¡Hooolis!
Con además tres pibis del interior que estaban estudiando en CABA y por culpa de la crisis y el ASPO y garchar en coche
se quedaron sin lugar

donde parar,
sin nada,
de patitas en la calle,
me dieron pena y armé esto, no sé bien qué es,
nos ayudamos
colaboramos,
en red estamos,
es muy lindo. Y te dejo ¿eh? porque ahí llegó, después hablamos.
Besis.



El nombre Fanny Crisis de Tinayre lo escuché en boca de Daniel Gigena alguna tarde laboral compartida
perdida
en los vericuetos de la inmemoria adherida.
Lo usaba para nombrarse a sí mismo en tercera persona, a la manera de Diego Armando.
La ocurrencia me hacía reír.